

Aparición de la Beata Virgen en la montaña de La Salette

Don Bosco propone una narración detallada de la "Aparición de la Beata Virgen en la montaña de La Salette", ocurrida el 19 de septiembre de 1846, basada en documentos oficiales y en los testimonios de los videntes. Reconstruye el contexto histórico y geográfico – dos jóvenes pastores, Massimino y Melania, en los Alpes – el encuentro prodigioso con la Virgen, su mensaje de advertencia contra el pecado y la promesa de gracias y providencias, así como los signos sobrenaturales que acompañaron sus manifestaciones. Presenta los acontecimientos de la difusión del culto, la influencia espiritual sobre los habitantes y el mundo entero, y el secreto revelado solo a Pío IX para fortalecer la fe de los cristianos y testimoniar la presencia perpetua de los prodigios en la Iglesia.

Protesta del Autor

Para obedecer los decretos de Urbano VIII protesto que, en cuanto a lo que se dirá en el libro sobre milagros, revelaciones u otros hechos, no pretendo atribuirles otra autoridad que la humana; y al dar algún título de Santo o Beato, no lo hago sino según la opinión, excepto aquellas cosas y personas que ya han sido aprobadas por la Santa Sede Apostólica.

Al lector

Un hecho cierto y maravilloso, atestiguado por miles de personas y que todos pueden verificar aún hoy, es la aparición de la beata Virgen, ocurrida el 19 de septiembre de 1846 (sobre este hecho extraordinario se pueden consultar muchas pequeñas obras y varios periódicos impresos contemporáneamente al hecho, especialmente: Noticia sobre la aparición de María SS. Turín, 1847; Santo oficial de la aparición, etc., 1848; El librito impreso por cuidado del sacerdote Giuseppe Gonfalonieri, Novara, en Enrico Grotti).

Nuestra piadosa Madre apareció en forma y figura de gran Señora a dos pastores, un niño de 11 años y una joven campesina de 15 años, en una montaña de la cadena de los Alpes situada en la parroquia de La Salette en Francia. Y ella apareció no solo para el bien de Francia, como dice el Obispo de Grenoble, sino para el bien de todo el mundo; y esto para advertirnos de la gran ira de su Divino Hijo, encendida especialmente por tres pecados: la blasfemia, **la profanación de las fiestas y comer abundante en días prohibidos.**

A esto siguen otros hechos prodigiosos recogidos también de documentos públicos, o atestiguados por personas cuya fe excluye toda duda sobre lo que relatan.

Estos hechos deben servir para confirmar a los buenos en la religión, para refutar a aquellos que quizás por ignorancia quisieran poner un límite al poder y a la misericordia del Señor diciendo: Ya no es tiempo de milagros.

Jesús dijo que en su Iglesia se realizarían milagros mayores que los que Él hizo: y no fijó ni tiempo ni número, por lo que mientras exista la Iglesia, siempre veremos la mano del Señor manifestando su poder con acontecimientos prodigiosos, porque ayer, hoy y siempre Jesucristo será quien gobierne y asista a su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Pero estos signos sensibles de la Omnipotencia Divina son siempre presagio de graves acontecimientos que manifiestan la misericordia y bondad del Señor, o su justicia y su enojo, pero de modo que se obtenga su mayor gloria y el mayor beneficio para las almas.

Hagamos que para nosotros sean fuente de gracias y bendiciones; que sirvan de estímulo a la fe viva, fe operante, fe que nos mueva a hacer el bien y a huir del mal para hacernos dignos de su infinita misericordia en el tiempo y en la eternidad.

Aparición de la B. Virgen en las montañas de La Salette

Massimino, hijo de Pietro Giraud, carpintero del pueblo de Corps, era un niño de 11 años; Francesca Melania, hija de parientes pobres, natural de Corps, era una joven de

15 años. No tenían nada de singular: ambos ignorantes y rudos, ambos dedicados a cuidar el ganado en las montañas. Massimino no sabía más que el Padre Nuestro y el Ave María; Melania sabía un poco más, tanto que por su ignorancia aún no había sido admitida a la sagrada Comunión.

Mandados por sus padres a guiar el ganado a los pastos, no fue sino por puro accidente que el día 18 de septiembre, víspera del gran acontecimiento, se encontraron en la montaña mientras daban de beber a sus vacas en una fuente.

La tarde de ese día, al regresar a casa con el ganado, Melania le dijo a Massimino: «¿Quién será mañana el primero en estar en la montaña?» Y al día siguiente, 19 de septiembre, que era sábado, subieron juntos, llevando cada uno cuatro vacas y una cabra. El día era hermoso y sereno, el sol brillante. Hacia el mediodía, al oír sonar la campana del Ángelus, hicieron una breve oración con la señal de la santa Cruz; luego tomaron sus provisiones y fueron a comer junto a un pequeño manantial, que estaba a la izquierda de un arroyo. Terminada la comida, cruzaron el arroyo, dejaron sus sacos junto a una fuente seca, bajaron unos pasos más y, contra lo habitual, se durmieron a cierta distancia uno del otro.

Ahora escuchemos el relato de los mismos pastores tal como lo hicieron la noche del 19 a sus patronos y luego miles de veces a miles de personas.

Nos habíamos dormido... cuenta Melania, yo me desperté primero; y, al no ver mis vacas, desperté a Massimino diciéndole: Vamos a buscar nuestras vacas. Cruzamos el arroyo, subimos un poco y las vimos acostadas al otro lado. No estaban lejos. Entonces bajé; y a cinco o seis pasos antes de llegar al arroyo, vi un resplandor como el Sol, pero aún más brillante, aunque no del mismo color, y le dije a Massimino: Ven, ven rápido a ver allá abajo un resplandor (eran entre las dos y las tres de la tarde).

Massimino bajó inmediatamente diciéndome: ¿Dónde está ese resplandor? Y se lo señalé con el dedo hacia la pequeña

fuelle; y él se detuvo cuando lo vio. Entonces vimos a una Señora en medio de la luz; ella estaba sentada sobre un montón de piedras, con el rostro entre las manos. Por el miedo dejé caer mi bastón. Massimino me dijo: guárdalo, si ella nos hace algo, le daré un buen bastonazo.

Luego esta Señora se levantó, cruzó los brazos y nos dijo: «Acérquense, mis niños: No tengan miedo; estoy aquí para darles una gran noticia.» Entonces cruzamos el arroyo, y ella avanzó hasta el lugar donde antes nos habíamos dormido. Ella estaba en medio de nosotros dos, y nos dijo llorando todo el tiempo que nos habló (vi claramente sus lágrimas): «Si mi pueblo no quiere someterse, estoy obligada a dejar libre la mano de mi Hijo. Es tan fuerte, tan pesada, que ya no puedo retenerla.»

«Hace mucho tiempo que sufro por ustedes. Si quiero que mi Hijo no los abandone, debo rogarle constantemente; y ustedes no le prestan atención. Pueden orar y hacer bien, pero nunca podrán compensar la solicitud que he tenido por ustedes.»

«Les he dado seis días para trabajar, me he reservado el séptimo, y no quieren concedérmelo. Esto es lo que hace tan pesada la mano de mi Hijo.»

«Si las patatas se echan a perder, es por culpa de ustedes. Se los mostré el año pasado (1845); y no quisieron hacer caso, y, al encontrar patatas podridas, blasfemaban poniendo en medio el nombre de mi Hijo.»

«Seguirán echándose a perder, y este año para Navidad no tendrán más (1846).»

«Si tienen trigo no deben sembrarlo: todo lo que siembren será comido por los gusanos; y lo que nazca se convertirá en polvo cuando lo trillen.»

«Vendrá una gran hambruna» (De hecho ocurrió una gran hambruna en Francia, y en las calles se veían grandes grupos de mendigos hambrientos que iban de mil en mil por las ciudades pidiendo limosna; y mientras en Italia subía el precio del trigo a principios de la primavera de 1847, en Francia se sufrió gran hambre durante todo el invierno 46-47. Pero la verdadera escasez de alimentos, el verdadero hambre se vivió

en los desastres de la guerra de 1870-71. En París, un personaje importante ofreció a sus amigos un opíparo almuerzo de grasa en Viernes Santo. Pocos meses después, en esa misma ciudad, los ciudadanos más acomodados se vieron obligados a alimentarse con alimentos despreciables y carne de los animales más sucios. No pocos murieron de hambre.)

«Antes de que llegue la hambruna, los niños menores de siete años serán tomados por un temblor y morirán en manos de las personas que los cuiden; los demás harán penitencia por la hambruna.»

«Las nueces se echarán a perder, y las uvas se pudrirán...» (En 1849 las nueces se estropearon por todas partes; y en cuanto a las uvas, todos aún lamentan su daño y pérdida. Todos recuerdan el inmenso daño que la criptogama causó a la uva en toda Europa durante más de veinte años, desde 1849 hasta 1869).

«Si se convierten, las piedras y las rocas se convertirán en montones de trigo, y las patatas brotarán de la tierra misma.»

Luego nos dijo:

«¿Dicen bien sus oraciones, mis niños?»

Ambos respondimos: «No muy bien, Señora.»

«Ah, mis niños, deben decir las bien por la mañana y por la noche. Cuando no tengan tiempo, digan al menos un Padre Nuestro y un Ave María; y cuando tengan tiempo, digan más.»

«A Misa solo van algunas mujeres viejas, y las demás trabajan los domingos todo el verano; y en invierno los jóvenes, cuando no saben qué hacer, van a Misa para ridiculizar la religión. En Cuaresma van a la carnicería como perros.»

Luego ella dijo: «¿No has visto, niño mío, trigo estropeado?»

Massimino respondió: «¡Oh, no, Señora!» Yo, sin saber a quién dirigía esa pregunta, respondí en voz baja:

«No, Señora, aún no he visto.»

«Debes haberlo visto, niño mío (dirigiéndose a Massimino), una vez cerca del territorio de Coin con tu padre. El dueño del campo le dijo a tu padre que fuera a ver su trigo estropeado; ustedes fueron ambos. Tomaron algunas espigas en sus manos, y al frotarlas se convirtieron todas en polvo, y regresaron.

Cuando aún estaban a media hora de Corps, tu padre te dio un trozo de pan y te dijo: Toma, hijo mío, come aún pan este año; no sé quién comerá el próximo año si el trigo sigue estropeándose así.»

Massimino respondió: «¡Oh, sí, Señora, ahora lo recuerdo; hace un momento no lo recordaba.»

Después esa Señora nos dijo: «Bien, mis niños, lo harán saber a todo mi pueblo.»

Luego cruzó el arroyo, y a dos pasos de distancia, sin volverse hacia nosotros, nos dijo de nuevo: «Bien, mis niños, lo harán saber a todo mi pueblo.»

Subió luego unos quince pasos, hasta el lugar donde habíamos ido a buscar nuestras vacas; pero caminaba sobre la hierba; sus pies apenas tocaban la cima. La seguimos; yo pasé delante de la Señora y Massimino un poco a un lado, a dos o tres pasos de distancia. Y la bella Señora se elevó así (Melania hace un gesto levantando la mano más de un metro); ella quedó suspendida en el aire un momento. Luego dirigió una mirada al Cielo, luego a la tierra; después ya no vimos la cabeza... ni los brazos... ni los pies... parecía que se disolvía; solo se vio un resplandor en el aire; y luego el resplandor desapareció.

Le dije a Massimino: «¿Será una gran santa?» Massimino me respondió: «¡Oh, si hubiéramos sabido que era una gran santa, le habríamos pedido que nos llevara con ella.» Y yo le dije: «¿Y si aún estuviera aquí?» Entonces Massimino extendió la mano para alcanzar un poco del resplandor, pero todo había desaparecido. Observamos bien para ver si aún la veíamos.

Y dije: Ella no quiere mostrarse para no hacernos saber a dónde va. Después de eso seguimos a nuestras vacas.»

Este es el relato de Melania; quien, interrogada sobre cómo estaba vestida esa Señora, respondió:

«Tenía zapatos blancos con rosas alrededor... había de todos los colores; tenía medias amarillas, un delantal amarillo, un vestido blanco todo cubierto de perlas, un pañuelo blanco en el cuello bordeado de rosas, una cofia alta un poco caída

adelante con una corona de rosas alrededor. Tenía una cadenita, a la que colgaba una cruz con su Cristo: a la derecha unas tenazas, a la izquierda un martillo; en el extremo de la cruz colgaba otra gran cadena, como las rosas alrededor de su pañuelo de cuello. Tenía el rostro blanco, alargado; no podía mirarla mucho tiempo porque deslumbraba.»

Interrogado por separado, Massimino hace el mismo relato, sin ninguna variación, ni en sustancia ni en forma; por lo que nos abstenemos de repetirlo aquí.

Fueron infinitas y extravagantes las preguntas insidiosas que les hicieron, especialmente durante dos años, y bajo interrogatorios de 5, 6, 7 horas seguidas con la intención de incomodarlos, confundirlos, hacerlos contradecirse. Ciertamente, quizás ningún reo fue sometido por tribunales de justicia a tantas dificultades e interrogatorios sobre un delito que se le imputaba.

Secreto de los dos pastorcitos

Justo después de la aparición, Maximino y Melania, al regresar a casa, se preguntaron entre ellos por qué la gran Dama, después de haber dicho «las uvas se pudrirán», tardó un poco en hablar y solo movía los labios sin que se entendiera lo que decía.

Al interrogarse mutuamente sobre esto, Maximino le dijo a Melania: «A mí me dijo algo, pero me prohibió decírtelo.» Ambos se dieron cuenta de que habían recibido de la Señora, cada uno por separado, un secreto con la prohibición de no contarlo a nadie. Ahora piensa tú, lector, si los niños pueden guardar silencio.

Es increíble decir cuánto se ha hecho y se ha intentado para sacarles de alguna manera ese secreto. Sorprende leer los miles y miles de intentos realizados para este fin por cientos y cientos de personas durante veinte años. Oraciones, sorpresas, amenazas, insultos, regalos y seducciones de todo tipo, todo fue en vano; ellos son impenetrables.

El obispo de Grenoble, un hombre octogenario, creyó que debía ordenar a los dos niños privilegiados que al menos hicieran

llegar su secreto al santo Padre, Pío IX. Al nombre del Vicario de Jesucristo, los dos pastorcitos obedecieron prontamente y se decidieron a revelar un secreto que hasta entonces nada había podido arrancarles de la boca. Lo escribieron ellos mismos (desde el día de la aparición habían sido instruidos, cada uno por separado); luego doblaron y sellaron su carta; y todo esto en presencia de personas respetables, elegidas por el mismo obispo para servirles de testigos. Luego el obispo envió a dos sacerdotes a llevar a Roma este misterioso mensaje.

El 18 de julio de 1851 entregaron a Su Santidad Pío IX tres cartas: una del Monseñor obispo de Grenoble, que acreditaba a estos dos enviados, y las otras dos contenían el secreto de los dos jóvenes de La Salette; cada uno había escrito y sellado la carta que contenía su secreto en presencia de testigos que declararon la autenticidad de las mismas en el sobre.

Su Santidad abrió las cartas y, al comenzar a leer la de Maximino, dijo: «Tiene realmente la candidez y la sencillez de un niño.» Durante esa lectura se manifestó en el rostro del Santo Padre cierta emoción; se le contrajeron los labios, se le hincharon las mejillas. «Se trata, dijo el Papa a los dos sacerdotes, de flagelos con los que Francia está amenazada. No solo ella es culpable, también lo son Alemania, Italia, toda Europa, y merecen castigos. Temo mucho la indiferencia religiosa y el respeto humano.»

Concurso en La Salette

La fuente, junto a la cual se había descansado la Señora, es decir, la V. María, estaba, como dijimos, seca; y, según todos los pastores y campesinos de esos alrededores, no daba agua sino después de abundantes lluvias y del deshielo. Ahora bien, esta fuente, seca el mismo día de la aparición, al día siguiente comenzó a brotar, y desde entonces el agua corre clara y limpia sin interrupción.

Esa montaña desnuda, escarpada, desierta, habitada por pastores apenas cuatro meses al año, se ha convertido en el

escenario de una inmensa concurrencia de gente. Poblaciones enteras acuden de todas partes a esa montaña privilegiada; y llorando de ternura, y cantando himnos y cánticos, se les ve inclinar la frente sobre esa tierra bendecida, donde resonó la voz de María: se les ve besar respetuosamente el lugar santificado por los pies de María; y descienden llenos de alegría, confianza y gratitud.

Cada día un número inmenso de fieles va devotamente a visitar el lugar del prodigio. En el primer aniversario de la aparición (19 de septiembre de 1847), más de setenta mil peregrinos de todas las edades, sexos, condiciones e incluso de todas las naciones cubrían la superficie de ese terreno...

Pero lo que hace sentir aún más el poder de esa voz venida del Cielo es que se produjo un cambio admirable de costumbres en los habitantes de Corps, de La Salette, de todo el cantón y de todos los alrededores, y en lugares lejanos aún se difunde y propaga... Han dejado de trabajar los domingos: han abandonado la blasfemia... Asisten a la Iglesia, acuden a la voz de sus pastores, se acercan a los santos sacramentos, cumplen con edificación el precepto de la Pascua, hasta entonces generalmente descuidado. Callo las muchas y resonantes conversiones, y las gracias extraordinarias en el orden espiritual.

En el lugar de la aparición se alza ahora una majestuosa iglesia con un edificio vastísimo, donde los viajeros, después de haber satisfecho su devoción, pueden descansar cómodamente e incluso pasar la noche a su gusto.

Después del hecho de La Salette, Melania fue enviada a la escuela con un progreso maravilloso en la ciencia y en la virtud. Pero siempre se sintió tan encendida de devoción hacia la B. V. María, que decidió consagrarse totalmente a Ella. Entró de hecho en las carmelitas descalzas entre quienes, según el periódico Echo de Fourvière del 22 de octubre de 1870, habría sido llamada al cielo por la santa Virgen. Poco antes de morir escribió la siguiente carta a su madre.

11 de septiembre de 1870.

Queridísima y amantísima madre,

Que Jesús sea amado por todos los corazones. – Esta carta no es solo para usted, sino para todos los habitantes de mi querido pueblo de Corps. Un padre de familia, muy amoroso hacia sus hijos, al ver que olvidaban sus deberes, que despreciaban la ley impuesta por Dios, que se volvían ingratos, decidió castigarlos severamente. La esposa del padre de familia pedía gracia, y al mismo tiempo se dirigía a los dos hijos más jóvenes del padre de familia, es decir, los dos más débiles e ignorantes. La esposa que no puede llorar en la casa de su esposo (que es el Cielo) encuentra en los campos de estos miserables hijos lágrimas en abundancia: expone sus temores y amenazas si no se vuelven atrás, si no observan la ley del amo de casa. Un número muy pequeño de personas abraza la reforma del corazón y comienza a observar la santa ley del padre de familia; pero ¡ay! la mayoría permanece en el delito y se sumerge cada vez más en él. Entonces el padre de familia envía castigos para castigarlos y sacarlos de ese estado de endurecimiento. Estos hijos desgraciados piensan que pueden escapar al castigo, agarran y rompen las varas que los golpean, en lugar de caer de rodillas, pedir gracia y misericordia, y especialmente prometer cambiar de vida. Finalmente, el padre de familia, aún más irritado, toma una vara aún más fuerte y golpea y seguirá golpeando hasta que se reconozca, se humillen y pidan misericordia a Aquel que reina en la tierra y en los cielos.

Ustedes me han entendido, querida madre y queridos habitantes de Corps: este padre de familia es Dios. Todos somos sus hijos; ni yo ni ustedes lo hemos amado como deberíamos; no hemos cumplido, como convenía, sus mandamientos: ahora Dios nos castiga. Un gran número de nuestros hermanos soldados mueren, familias y ciudades enteras están reducidas a la miseria; y si no nos volvemos a Dios, no terminará. París es muy culpable porque ha premiado a un hombre malo que escribió

contra la divinidad de Jesucristo. Los hombres tienen solo un tiempo para cometer pecados; pero Dios es eterno y castiga a los pecadores. Dios está irritado por la multitud de pecados y porque es casi desconocido y olvidado. Ahora, ¿quién podrá detener la guerra que hace tanto daño en Francia y que pronto comenzará de nuevo en Italia? etc., etc. ¿Quién podrá detener este flagelo?

Es necesario 1º que Francia reconozca que en esta guerra está únicamente la mano de Dios; 2º que se humille y pida con mente y corazón perdón por sus pecados; que prometa sinceramente servir a Dios con mente y corazón, y obedecer sus mandamientos sin respeto humano. Algunos rezan, piden a Dios el triunfo de nosotros los franceses. No, no es eso lo que quiere el buen Dios: quiere la conversión de los franceses. La Santísima Virgen ha venido a Francia, y esta no se ha convertido: por eso es más culpable que otras naciones; si no se humilla, será grandemente humillada. París, ese hogar de la vanidad y el orgullo, ¿quién podrá salvarla si no se elevan fervientes oraciones al corazón del buen Maestro?

Recuerdo, querida madre y queridos habitantes, de mi querido pueblo, recuerdo aquellas devotas procesiones que hacían en el sagrado monte de La Salette, para que la ira de Dios no golpeará su pueblo. La Santísima Virgen escuchó sus fervientes oraciones, sus penitencias y todo lo que hicieron por amor a Dios. Pienso y espero que actualmente deben hacer aún más hermosas procesiones por la salvación de Francia; es decir, para que Francia vuelva a Dios, porque Dios no espera más que eso para retirar la vara con la que castiga a su pueblo rebelde. Oremos mucho, sí, oremos; hagan sus procesiones, como las hicieron en 1846 y 47: crean que Dios siempre escucha las oraciones sinceras de los corazones humildes. Oremos mucho, oremos siempre. Nunca he amado a Napoleón, porque recuerdo toda su vida. ¡Que el divino Salvador le perdone todo el mal que hizo; y que aún hace!

Recordemos que fuimos creados para amar y servir a Dios, y que fuera de esto no hay verdadera felicidad. Las madres críen cristianamente a sus hijos, porque el tiempo de las

tribulaciones no ha terminado. Si les revelara el número y la calidad de ellas, quedarían horrorizados. Pero no quiero asustarlos; tengan confianza en Dios, que nos ama infinitamente más de lo que nosotros podemos amarlo. Oremos, oremos, y la buena, divina y tierna Virgen María siempre estará con nosotros: la oración desarma la ira de Dios; la oración es la llave del Paraíso.

Oremos por nuestros pobres soldados, oremos por tantas madres desoladas por la pérdida de sus hijos, consagremos nosotros mismos a nuestra buena Madre celestial: oremos por esos ciegos que no ven que es la mano de Dios la que ahora golpea a Francia. Oremos mucho y hagamos penitencia. Manténganse todos unidos a la santa Iglesia y a nuestro Santo Padre que es su Cabeza visible y el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. En sus procesiones, en sus penitencias, oren mucho por él. Finalmente manténganse en paz, ámense como hermanos, prometiendo a Dios observar sus mandamientos y cumplirlos de verdad. Y por la misericordia de Dios serán felices y tendrán una buena y santa muerte, que deseo para todos poniéndolos bajo la protección de la augustísima Virgen María. Abrazo de corazón (a los familiares). Mi salud está en la Cruz. El corazón de Jesús vela por mí.

María de la Cruz, víctima de Jesús

Primera parte de la publicación "Aparición de la Beata Virgen en la montaña de La Salette con otros hechos prodigiosos, recogidos de documentos públicos por el sacerdote Giovanni Bosco", Turín, Imprenta del Oratorio de San Francisco de Sales, 1871

La pastora, las ovejas y los corderos (1867)

En el siguiente pasaje, Don Bosco, fundador del Oratorio de Valdocco, relata a sus jóvenes un sueño que tuvo entre el 29 y el 30 de mayo de 1867 y que narró la noche del Domingo de la Santísima Trinidad. En una llanura infinita, rebaños y corderos se convierten en alegoría del mundo y de los muchachos: prados exuberantes o desiertos áridos figuran la gracia y el pecado; cuernos y heridas denuncian escándalo y deshonor; la cifra «3» preanuncia tres carestías –espiritual, moral, material– que amenazan a quien se aleja de Dios. Del relato brota el apremiante llamado del santo: custodiar la inocencia, volver a la gracia con la penitencia, para que cada joven pueda revestirse de las flores de la pureza y participar de la alegría prometida por el buen Pastor.

El domingo de la Santísima Trinidad, 16 de junio, en cuya festividad, hacía veintiséis años, había celebrado don Bosco su primera misa, los jóvenes esperaban con impaciencia que les contara un sueño, según les había prometido el día 13 del mismo mes. Su ardiente deseo era buscar el bien espiritual de su rebaño, y su norma, las amonestaciones y promesas del capítulo XXVII, versículos 23 – 25 del libro de los Proverbios: *Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges considera: non enim habebis jugiter potestatem; sed corona tribuetur in generationem et generationem. Aperta sunt prata, et apparuerunt herbas virentes, et collecta sunt foena de montibus...* (Conoce a fondo el estado de tu ganado, aplica tu corazón a tu rebaño; porque no es eterna la riqueza; no se transmiten los tesoros de edad en edad. Cortada la hierba, aparecido el retoño, y apilado el heno de los montes...). En sus oraciones pedía al cielo el conocimiento exacto de sus ovejas; la gracia de vigilar atentamente; de asegurar la custodia del redil aun después de su muerte y de proveerle de fácil

alimento material y espiritual. Don Bosco, pues, después de las oraciones de la noche, habló así:

En una de las últimas noches del mes de María, el 29 o el 30 de mayo, estando en la cama y no pudiendo dormir, pensaba en mis queridos jóvenes y me decía a mí mismo:

– ¡Oh si pudiese soñar algo que les sirviese de provecho!

Después de reflexionar durante un rato añadí:

– ¡Sí! Ahora quiero soñar algo para contarlo a mis jóvenes.

Y he aquí que me quedé dormido. Apenas el sueño se apoderó de mí, me pareció encontrarme en una inmensa llanura cubierta de un número extraordinario de ovejas de gran tamaño, las cuales, divididas en rebaños, pacían en los extensos prados que se ofrecían ante mi vista. Quise acercarme a ellas y se me ocurrió buscar al pastor, causándome gran maravilla que pudiese haber en el mundo quien pudiera poseer tan crecido número de animales de aquella especie. Después de breves indagaciones me encontré ante un pastor apoyado en su cayado. Inmediatamente comencé a preguntarle:

– ¿De quién es este rebaño tan numeroso?

El pastor no me contestó. Volví a repetir la pregunta y entonces me dijo:

– ¿Y a ti qué te interesa?

– ¿Por qué, repliqué, me contesta de esa manera?

– Pues bien, dijo el pastor, este rebaño es de su dueño.

– ¿De su dueño? Eso ya me lo suponía, dije para mí. Y continué en alta voz:

– ¿Y quién es el dueño?

– No te preocupes, me dijo, ya lo sabrás.

Después, recorriendo en su compañía aquel valle, comencé a observar el rebaño y la región en que nos encontrábamos. Algunas zonas estaban cubiertas de rica vegetación; numerosos árboles extendían sus ramas proporcionando agradable sombra, y una hierba fresquísima que servía de alimento a gran número de ovejas de hermosa y lucida presencia. En otros parajes la llanura era estéril, arenosa, llena de piedras, recubierta de espinos, desprovistos de hojas, y de grama amarillenta; no

había en toda ella ni un tallo de hierba fresca; a pesar de ello, también allí había numerosas ovejas paciendo, pero su aspecto era miserable.

Hice algunas preguntas a mi guía referentes a este rebaño, pero él, sin contestarme a ninguna, dijo:

– Tú no estás destinado a cuidarlas. En éstas no debes pensar. Te voy a llevar a que veas el rebaño que te ha sido reservado.

– Pero ¿tú quién eres?

– Soy el dueño; ven conmigo; vamos hacia aquella parte y verás.

Y me condujo a otro lugar de la llanura donde había millares y millares de corderillos. Tan numerosos eran, que no se podían contar y estaban tan flacos que apenas si se podían tener en pie. El prado en que estaban era seco, árido y arenoso, no descubriéndose en él ni un tallo de hierba fresca, ni un arroyuelo, sino nada más que algunos gamones secos y matas escuálidas. Todo el pasto había sido totalmente destruido por los mismos corderos.

A primera vista se podía deducir que aquellos pobres animales, que estaban además cubiertos de llagas, habían sufrido mucho y continuaban sufriendo. ¡Cosa extraña! Cada uno tenía dos cuernos largos y gruesos que le salían de la frente, como si fuesen carneros viejos, y en la punta de cada cuerno tenían un apéndice en forma de ese. Contemplé maravillado aquella rara particularidad, causándome gran inquietud el no saberme explicar por qué aquellos corderillos tenían los cuernos tan largos y tan gruesos y la causa de que hubiesen destruido tan pronto la hierba del prado.

– Pero ¿cómo puede ser esto?, dije al pastor. ¿Unos corderos tan pequeños y ya tienen unos cuernos tan grandes:

– Mira bien, me dijo, observa atentamente.

Y al hacerlo pude comprobar que aquellos animales tenían grabado el número 3 en todas las partes del cuerpo: en el lomo, en la cabeza, en el hocico, en las orejas, en las narices, en las patas, en las pezuñas.

– ¿Qué quiere decir esto?, pregunté a mi guía. A la verdad que no entiendo nada.

– ¿Cómo? ¿Que no comprendes nada?, me replicó el pastor. Escucha, pues, y todo lo comprenderás. Esta extensa llanura es figura del mundo. Los lugares cubiertos de hierba significan la palabra de Dios y la gracia. Los parajes estériles y áridos, aquellos sitios en los cuales no se escucha la palabra divina, en los que sólo se procura agradar al mundo. Las ovejas son los hombres hechos y derechos; los corderos, los jovencitos, para atender a los cuales ha mandado Dios a don Bosco. Este rincón de la llanura que contemplas, representa el Oratorio y los corderos en él reunidos, tus hijos. Este lugar tan árido es símbolo del estado de pecado. Los cuernos son imagen de la deshonor. La letra S quiere decir Scandalum (escándalo). Los escandalosos, por la fuerza del mal ejemplo, marchan a su perdición. Entre los corderos observarás algunos que tienen los cuernos rotos; fueron escandalosos, pero ahora cesaron en sus escándalos. El número 3 quiere decir que soportan la pena de su culpa; esto es, que tendrán que sufrir tres grandes carestías: una carestía espiritual, otra moral y otra material. 1.º La carestía de los auxilios espirituales; pedirán estos auxilios y no los tendrán. 2.º La carestía de la palabra de Dios. 3.º La carestía del pan material. El que los corderos hayan agotado toda la hierba quiere decir que no les queda más que el deshonor y el número 3, o sea, las carestías. Este espectáculo significa también los sufrimientos que padecen actualmente muchos jóvenes en medio del mundo. En el Oratorio, en cambio, incluso los que son indignos de ello, no carecen del pan material.

Mientras yo escuchaba y observaba todas aquellas cosas como desmemoriado, he aquí una nueva maravilla. Todos aquellos corderos cambiaban de aspecto.

Levantándose sobre las patas posteriores adquirirían una estatura elevada y la forma de otros tantos jóvenes. Yo me acerqué para comprobar si conocía alguno. Eran todos muchachos del Oratorio. A muchísimos no los había visto nunca, pero todos aseguraban que pertenecían a nuestro Oratorio. Y entre los que eran desconocidos para mí había unos pocos que están actualmente aquí. Son los que no se presentan nunca a don

Bosco; los que no acuden jamás a pedirle un consejo; los que, por el contrario, huyen de él; en una palabra: los jóvenes a los cuales don Bosco aún no conoce... Pero la inmensa mayoría de los desconocidos estaba integrada por los que no están ni han estado en el Oratorio.

Mientras observaba con pena aquella multitud, el que me acompañaba me tomó de la mano y me dijo:

– Ven conmigo y verás otras cosas. Y así diciendo me condujo a un extremo apartado del valle rodeado de pequeñas colinas y cercado de un vallado de plantas esbeltas, en el cual había un gran prado cubierto de verdor, lo más riente que imaginarse puede y embalsamado por multitud de plantas aromáticas, esmaltado de flores silvestres y en el que, además, se descubrían frescos bosquecillos y corrientes de agua límpida. En él me encontré con una gran multitud de chicos, todos alegres, dedicados a formar un hermosísimo vestido con flores del prado.

– Al menos, tienes a éstos que te proporcionan grandes consuelos.

– ¿Quiénes son?, pregunté.

– Son los que están en gracia de Dios.

¡Ah! Os puedo asegurar que jamás vi criaturas tan bellas y resplandecientes y que nunca habría podido imaginar tanta hermosura. Sería imposible que me pusiese a describirlo, pues sería echar a perder lo que no se puede imaginar si no se ve. Pero me estaba reservado un espectáculo aún más sorprendente. Mientras estaba yo contemplando con inmenso placer a aquellos jóvenes, entre los que había muchos a los cuales no conocía, el guía me dijo:

– Ven, ven conmigo y te haré ver algo que te proporcionará una alegría y un consuelo aún mayor. Y me condujo a otro prado todo esmaltado de flores más bellas y olorosas que las que había visto anteriormente. Parecía un jardín regio. En él pude ver un número menor de jóvenes que en el prado anterior, pero de una tan extraordinaria belleza y de un esplendor tal que anulaban por completo a los que había admirado poco antes. Algunos de éstos están en el Oratorio, otros lo estarán con el

tiempo.

Entonces el pastor me dijo:

– Estos son los que conservan la bella azucena de la pureza. Estos están revestidos aún con la estola de la inocencia.

Yo contemplaba extático aquel espectáculo. Casi todos llevaban en la cabeza una corona de flores de belleza indescriptible. Dichas flores estaban compuestas por otras florecillas de sorprendente gallardía y de colores tan vivos y variados que encantaban al que las miraba. Había más de mil colores en una sola flor y en cada flor se veían más de mil flores. Hasta los pies de aquellos jóvenes descendía una vestidura de fascinante blancura, entretejida de guirnaldas de flores, semejantes a las que formaban la corona. La luz encantadora que partía de las flores iluminaba toda la persona haciendo reflejar en ella la propia belleza. Las flores se espejaban unas en otras y las de las coronas en las que formaban las guirnaldas, reverberando cada una los rayos emitidos por las otras. Un rayo de un color al encontrarse con otro de distinto color daba origen a nuevos rayos, diversos entre sí y, por consiguiente, cada nuevo rayo producía otros distintos, de manera que yo jamás habría creído que en el paraíso hubiese un espectáculo tan múltiple y encantador. Pero esto no es todo. Los rayos de las flores y de las coronas de unos jóvenes se reflejaban en las flores y en los de las coronas de todos los demás; lo mismo sucedía con las guirnaldas y con las vestiduras de cada uno. Además, el resplandor del rostro de un joven al expandirse, se fundía con el resplandor del rostro de los compañeros y al reverberar sobre aquellas facciones inocentes y redondas, producían tanta luz que deslumbraban la vista e impedían fijar los ojos en ellas.

Y así, en uno solo, se concentraban las bellezas de todos los compañeros con una armonía de luz inefable. Era la gloria accidental de los santos. No hay imagen humana capaz de dar una idea, aunque pálida, de la belleza que adquiría cada uno de aquellos jóvenes, en medio de un océano de esplendor tan grande. Entre ellos pude ver a algunos que se encuentran actualmente en el Oratorio y estoy seguro de que, si pudiesen

apreciar, aunque sólo fuese la décima parte de la hermosura de que los vi revestidos, estarían dispuestos a sufrir el tormento del fuego, a dejarse descuartizar, a afrontar el más cruel de los martirios, antes que perderla.

Apenas pude reaccionar un poco, después de haber contemplado semejante espectáculo, me volví a mi guía y le dije:

– Pero ¿en tan crecido número de mis jóvenes, son tan pocos los inocentes? ¿Tan contados son los que nunca han perdido la gracia de Dios?

El pastor respondió:

– ¿Cómo? ¿Te parece pequeño su número? Por otra parte, ten presente que los que han tenido la desgracia de perder el hermoso lirio de la pureza, y, por tanto, la inocencia, pueden seguir a sus compañeros por el camino de la penitencia. ¿Ves allá? En aquel prado hay muchas flores; con ellas pueden tejer una corona y una vestidura hermosísima y seguir también a los inocentes en la gloria.

– Dime algo más que yo pueda comunicar a mis jóvenes, añadí entonces.

– Repíteles que si supiesen cuán bella y preciosa es a los ojos de Dios la inocencia y la pureza, estarían dispuestos a hacer cualquier sacrificio para conservarla. Diles que se animen a cultivar esta bella virtud, la cual supera a las demás en hermosura y esplendor. Por algo los castos son los que *crescunt tanquam lilia in conspectu Domini*. (Crecen como lirios a los ojos del Señor).

Yo quise entonces introducirme en medio de aquellos mis queridos hijos tan bellamente coronados, pero tropecé al andar y me desperté encontrándome en la cama.

Hijos míos: ¿sois todos inocentes? Tal vez entre vosotros hay algunos que lo son y a ellos van dirigidas estas mis palabras. Por caridad: no perdáis un tesoro de tan inestimable valor. ¡La inocencia es algo que vale tanto como el Paraíso, como el mismo Dios! ¡Si hubieseis podido admirar la belleza de aquellos jovencitos recubiertos de flores! El conjunto de aquel espectáculo era tal, que yo habría dado cualquier cosa por seguir gozando de él, y si fuese pintor, consideraría como

una gracia grande el poder plasmar en el lienzo, de alguna manera, lo que vi. Si conociérais la belleza de un inocente, os someteríais a las pruebas más penosas, incluso a la misma muerte, con tal de conservar el tesoro de la inocencia.

El número de los que habían recuperado la gracia, aunque me produjo un gran consuelo, creí, con todo, que sería mayor. También me maravillé de ver a alguno que aquí parece bueno y en el sueño tenía unos cuernos muy grandes y muy gruesos...

Don Bosco terminó haciendo una cálida exhortación a los que habían perdido la inocencia para que se empeñasen voluntariosamente en

recuperar la gracia por medio de la penitencia.

Dos días después, el 18 de junio, el siervo de Dios subía a su tribuna y daba algunas nuevas explicaciones del sueño.

No sería necesaria explicación alguna respecto al sueño, pero volveré a repetir lo que ya os dije. La gran llanura es el mundo, y los distintos parajes y el estado al que fueron llamados aquí todos nuestros jóvenes. El rincón donde estaban los corderos es el Oratorio. Los corderos son todos los jóvenes que estuvieron, están y estarán en el Oratorio. Los tres prados de esta zona, el árido, el verde y el florido, indican los estados de pecado, de gracia y de inocencia. Los cuernos de los corderos son los escándalos dados en el pasado. Había, además, quienes tenían los cuernos rotos, o sea los que fueron escandalosos y después se enmendaron por completo. Todas aquellas cifras que representaban el número 3, y que se veían grabadas en las distintas partes del cuerpo de cada cordero, simbolizan, según me dijo el pastor, tres castigos que Dios enviará a los jóvenes: 1.º Carestía de auxilios espirituales. 2.º Carestía moral, o sea, falta de instrucción religiosa y de la palabra de Dios. 3.º Carestía material, o sea, carencia incluso del alimento. Los jóvenes resplandecientes son los que se encuentran en gracia de Dios y, sobre todo, los que conservan la inocencia bautismal y la bella virtud de la pureza. ¡Qué gloria tan grande les espera a los tales!

Entreguémonos, pues, queridos jóvenes, con el mayor entusiasmo

a la práctica de la virtud. El que no esté en gracia de Dios, que la adquiera y después emplee todos los medios necesarios y la ayuda de Dios para conservarse en ella hasta la muerte; pues, si es cierto que no todos podemos estar en compañía de los inocentes y formar corona a Jesús, Cordero Inmaculado, al menos podemos seguir detrás de ellos.

Uno de vosotros me preguntó si estaba entre los inocentes y yo le dije que no, que tenía los cuernos rotos. Me preguntó también si tenía llagas y le dije que sí.

– ¿Y qué significan esas llagas?, me preguntó.

Yo le respondí:

– No temas. Tus llagas están ya casi cicatrizadas y desaparecerán con el tiempo; tales llagas no son deshonrosas, como no lo son las cicatrices de un combatiente, el cual, a pesar de las heridas y de los ataques del enemigo, supo vencer y conseguir la victoria. ¡Por tanto, son cicatrices gloriosas! Pero aún es más honroso combatir en medio del enemigo sin ser herido. La incolumidad del que lo consigue es causa de admiración para todos.

Explicando este sueño, don Bosco dijo también que no pasaría mucho tiempo sin que se dejasen sentir estos tres males; – Peste, hambre y también falta de medios para hacer bien a las almas.

Añadió que no pasarían tres meses sin que sucediese algo de particular.

Este sueño produjo en los jóvenes la impresión y los frutos que había conseguido otras muchas veces con relatos semejantes.

(MB IT VIII 839- 845 / MB ES 713-718)

¿Sigue siendo necesario confesarse?

El Sacramento de la Confesión, a menudo descuidado en la vorágine contemporánea, sigue siendo para la Iglesia católica una fuente insustituible de gracia y renovación interior. Invitamos a redescubrir su significado original: no un rito formal, sino un encuentro personal con la misericordia de Dios, instituido por Cristo mismo y confiado al ministerio de la Iglesia. En una época que relativiza el pecado, la Confesión se revela como brújula para la conciencia, medicina para el alma y puerta abierta de par en par a la paz del corazón.

El Sacramento de la Confesión: una necesidad para el alma

En la tradición católica, el Sacramento de la Confesión –llamado también Sacramento de la Reconciliación o de la Penitencia– ocupa un lugar central en el camino de fe. No se trata de un simple acto formal o de una práctica reservada a unos pocos fieles especialmente devotos, sino de una necesidad profunda que atañe a todo cristiano, llamado a vivir en la gracia de Dios. En un tiempo que tiende a relativizar la noción de pecado, redescubrir la belleza y la fuerza liberadora de la Confesión es fundamental para responder plenamente al amor de Dios.

Jesucristo mismo instituyó el Sacramento de la Confesión. Después de su Resurrección, se apareció a los Apóstoles y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20, 22-23). Estas palabras no son un simbolismo: establecen un poder real y concreto confiado a los Apóstoles y, por sucesión, a sus sucesores, los obispos y presbíteros.

El perdón de los pecados, por tanto, no ocurre solo entre el

hombre y Dios de modo privado, sino que pasa también a través del ministerio de la Iglesia. Dios, en su designio de salvación, ha querido que la confesión personal ante un sacerdote sea el medio ordinario para recibir Su perdón.

La realidad del pecado

Para comprender la necesidad de la Confesión, es preciso primero tomar conciencia de la realidad del pecado.

San Pablo afirma: “pues todos pecaron y están privados de la gloria de Dios” (Rom 3, 23). Y: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros” (1 Jn 1, 8).

Nadie puede considerarse inmune al pecado, ni siquiera después del Bautismo, que nos purificó de la culpa original. Nuestra naturaleza humana, herida por la concupiscencia, nos lleva continuamente a caer, a traicionar el amor de Dios con actos, palabras, omisiones y pensamientos.

Escribe san Agustín: “Es verdad: la naturaleza del hombre fue creada en origen sin culpa y sin vicio alguno; en cambio, la naturaleza actual del hombre, por la cual cada uno nace de Adán, necesita ya del Médico, porque no está sana. Ciertamente, todos los bienes que tiene en su estructura, en la vida, en los sentidos y en la mente, los recibe del sumo Dios, su creador y artífice. El vicio, en cambio, que oscurece y debilita estos bienes naturales, de modo que hace a la naturaleza humana necesitada de iluminación y de cuidado, no lo ha contraído de su irrepreensible artífice, sino del pecado original que fue cometido con el libre albedrío.” (*La naturaleza y la gracia*).

Negar la existencia del pecado equivale a negar la verdad sobre nosotros mismos. Solo reconociendo nuestra necesidad de perdón podemos abrirnos a la misericordia de Dios, que nunca se cansa de llamarnos a Sí.

La Confesión: encuentro con la Misericordia Divina

El Sacramento de la Confesión es, ante todo, un encuentro personal con la Misericordia divina. No es simplemente una

autoacusación o una sesión de autoanálisis; es un acto de amor por parte de Dios que, como el padre en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), corre al encuentro del hijo arrepentido, lo abraza y lo reviste de nueva dignidad.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “Los que se acercan al sacramento de la Penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a Él y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron con su pecado y que colabora a su conversión con la caridad, el ejemplo y la oración.” (CIC, 1422).

Confesarse es dejarse amar, sanar y renovar. Es acoger el don de un corazón nuevo.

¿Por qué confesarse con un sacerdote?

Una de las objeciones más comunes es: “¿Por qué debo confesarme con un sacerdote? ¿No puedo confesarme directamente con Dios?” Ciertamente, todo fiel puede –y debe– dirigirse directamente a Dios con la oración de arrepentimiento. Sin embargo, Jesús estableció un medio concreto, visible y sacramental para el perdón: la confesión a un ministro ordenado. Y esto es válido para todo cristiano, es decir, también para los sacerdotes, obispos, papas.

El sacerdote actúa **in persona Christi**, es decir, en la persona de Cristo mismo. Él escucha, juzga, absuelve y ofrece consejo espiritual. No se trata de una mediación humana que limita el amor de Dios, sino de una garantía ofrecida por Cristo mismo: el perdón se comunica visiblemente, y el fiel puede tener certeza de ello.

Además, confesarse ante un sacerdote exige humildad, una virtud indispensable para el crecimiento espiritual. Reconocer abiertamente las propias culpas nos libera del yugo del orgullo y nos abre a la verdadera libertad de los hijos de Dios.

No es suficiente confesarse solo una vez al año, como exige el

mínimo de la ley eclesiástica. Los santos y maestros espirituales siempre han recomendado la confesión frecuente –incluso quincenal o semanal– como medio de progreso en la vida cristiana.

San Juan Pablo II se confesaba cada semana. Santa Teresa de Lisieux, aun siendo monja carmelita y viviendo en clausura, se confesaba regularmente. La confesión frecuente permite afinar la conciencia, corregir defectos arraigados y recibir nuevas gracias.

Obstáculos para la confesión

Lamentablemente, muchos fieles hoy descuidan el Sacramento de la Reconciliación. Entre los motivos principales encontramos:

Vergüenza: temer el juicio del sacerdote. Pero el sacerdote no está allí para condenar, sino para ser instrumento de misericordia.

Miedo a que los pecados confesados se hagan públicos: los sacerdotes confesores no pueden revelar a nadie, bajo ninguna condición (incluidas las máximas autoridades eclesiásticas), los pecados escuchados en confesión, ni siquiera, aunque les cueste la propia vida. Si lo hacen, incurren inmediatamente en excomunión **latae sententiae** (canon 1386, Código de Derecho Canónico). La inviolabilidad del sigilo sacramental no admite excepciones ni dispensas. Y las condiciones son las mismas, aunque la Confesión no haya terminado con la absolución sacramental. Incluso después de la muerte del penitente, el confesor está obligado a observar el sigilo sacramental.

Falta de sentido del pecado: en una cultura que minimiza el mal, se corre el riesgo de no reconocer ya la gravedad de las propias culpas.

Pereza espiritual: posponer la Confesión es una tentación común que lleva a enfriar la relación con Dios.

Convicciones teológicas erróneas: algunos creen erróneamente

que basta con “arrepentirse en el corazón” sin necesidad de la Confesión sacramental.

La desesperación por la salvación: Algunos piensan que para ellos ya no habrá perdón de todos modos. Dice san Agustín: “Algunos, en efecto, después de haber caído en pecado, se pierden aún más por desesperación y no solo descuidan la medicina de arrepentirse, sino que se hacen esclavos de lascivias y deseos malvados para satisfacer apetitos deshonestos y reprobables, como si al no hacerlo perdieran incluso aquello a lo que les incita la lascivia, convencidos de estar ya al borde de la segura condenación. Contra esta enfermedad extremadamente peligrosa y dañina es útil el recuerdo de los pecados en los que cayeron también los justos y los santos.” (ibid.)

Para superar estos obstáculos es necesario pedir consejo a quien puede darlo, instruirse, rezar.

Prepararse bien para la confesión

Una buena confesión requiere una adecuada preparación, que comprende:

1. Examen de conciencia: reflexionar sinceramente sobre los propios pecados, ayudándose también con guías basadas en los Diez Mandamientos, los vicios capitales o las Bienaventuranzas.

2. Contrición: dolor sincero por haber ofendido a Dios, no solo miedo al castigo.

3. Propósito de enmienda: deseo real de cambiar de vida, de evitar el pecado futuro.

4. Confesión íntegra de los pecados: confesar todos los pecados mortales de modo completo, especificando su naturaleza y número (si es posible).

5. Penitencia: aceptar y cumplir la obra reparadora propuesta por el confesor.

Los efectos de la Confesión

Confesarse no produce solo una cancelación externa del pecado. Los efectos interiores son profundos y transformadores:

Reconciliación con Dios: El pecado rompe la comunión con Dios; la Confesión la restablece, devolviéndonos a la plena amistad divina.

Paz y serenidad interior: Recibir la absolución trae una paz profunda. La conciencia se libera del peso de la culpa y se experimenta una alegría nueva.

Fuerza espiritual: A través de la gracia sacramental, el penitente recibe una fuerza especial para combatir las tentaciones futuras y para crecer en las virtudes.

Reconciliación con la Iglesia: Puesto que todo pecado daña también al Cuerpo Místico de Cristo, la Confesión recompone también nuestro vínculo con la comunidad eclesial.

La vitalidad espiritual de la Iglesia depende también de la renovación personal de sus miembros. Los cristianos que redescubren el Sacramento de la Confesión se vuelven, casi sin darse cuenta, más abiertos al prójimo, más misioneros, más capaces de irradiar la luz del Evangelio en el mundo.

Solo quien ha experimentado el perdón de Dios puede anunciarlo con convicción a los demás.

El Sacramento de la Confesión es un don inmenso e insustituible. Es la vía ordinaria a través de la cual el cristiano puede volver a Dios cada vez que se aleja. No es una carga, sino un privilegio; no una humillación, sino una liberación.

Estamos llamados, pues, a redescubrir este Sacramento en su verdad y en su belleza, a practicarlo con corazón abierto y confiado, y a proponerlo con alegría también a aquellos que se han alejado. Como afirma el salmista: "¡Dichoso el hombre a quien se le perdona la culpa, y se le borra el pecado!" (Sal 32, 1).

Hoy, más que nunca, el mundo necesita almas purificadas y reconciliadas, capaces de testimoniar que la misericordia de Dios es más fuerte que el pecado. Si no lo hemos hecho en Pascua, aprovechemos el mes mariano de mayo y acerquémonos sin miedo a la Confesión: allí nos espera la sonrisa de un Padre que no deja de amarnos jamás.

Obsequios de los jóvenes a María (1865)

En el sueño narrado por Don Bosco en la Crónica del Oratorio, fechado el 30 de mayo, la devoción mariana se convierte en un vívido juicio simbólico sobre los jóvenes del Oratorio: una procesión de jóvenes se presenta, cada uno con un don, ante un altar espléndidamente adornado en honor a la Virgen. Un ángel, custodio de la comunidad, acoge o rechaza las ofrendas, revelando su significado moral: flores perfumadas o marchitas, espinas de desobediencia, animales que encarnan vicios graves como la impureza, el robo y el escándalo. En el corazón de la visión resuena el mensaje educativo de Don Bosco: la humildad, la obediencia y la castidad son los tres pilares para merecer la corona de rosas de María.

En medio de estas penas don Bosco se consolaba con la devoción a María Santísima, honrada durante el mes de mayo por toda la comunidad de una manera especial. De sus pláticas de la noche solamente nos ha conservado la Crónica la del día 30 de mayo, que por cierto es preciosa en extremo.

30 de mayo

Contemplé un gran altar dedicado a María y

magníficamente adornado. Vi a todos los alumnos del Oratorio avanzando procesionalmente hacia él. Cantaban loas a la Virgen, pero no todos del mismo modo, aunque cantaban la misma canción. Muchos cantaban bien y con precisión de compás, aunque unos más fuerte y otros más bajos. Algunos cantaban con voces malas y muy roncas, éstos desentonaban, éstos caminaban en silencio y se salían de la fila, aquéllos bostezaban y parecían aburridos; algunos topaban unos contra otros y se reían entre sí. Todos llevaban regalos para ofrecérselos a María. Tenían todos un ramo de flores, quien más grande, quien más pequeño y distintos los unos de los otros. Unos tenían un manojo de rosas, otros de claveles, otros de violetas, etc. Algunos llevaban a la Virgen regalos muy extraños.

Quien llevaba una cabeza de cerdito, quien un gato, quien un plato de sapos, quien un conejo, quien un corderito u otros regalos. Había un hermoso joven delante del altar que, si se le miraba atentamente, se veía que detrás de las espaldas tenía alas. Era, tal vez, el Ángel de la Guarda del Oratorio, el cual, conforme iban llegando los muchachos recibía sus regalos y los colocaba en el altar.

Los primeros ofrecieron magníficos ramos de flores y él, sin decir nada, los colocó al pie del altar. Muchos otros entregaron sus ramos. El los miró; los desató, hizo quitar algunas flores estropeadas, que tiró fuera, y volviendo a arreglar el ramo, lo colocó en el altar. A otros, que tenían en su ramo flores bonitas, pero sin perfume, como las dalias, las camelias, etc., el Ángel hizo quitar también éstas porque la Virgen quiere realidades y no apariencias. Así rehecho el ramo, el Ángel lo ofreció a la Virgen. Muchos tenían espinas, pocas o muchas, entre las flores y, otros, clavos. El Ángel quitó éstos y aquéllas.

Llegó finalmente el que llevaba el cerdito y el Ángel le dijo: -¿Cómo te atreves a presentar este regalo a María? ¿Sabes qué significa el cerdo? Significa el feo vicio de la impureza. María, que es toda pureza, no puede soportar

este pecado. Retírate, pues; no eres digno de estar ante Ella.

Vinieron los que llevaban un gato y el Ángel les dijo:

– ¿También vosotros os atrevéis a ofrecer a María estos dones? El gato es la imagen del robo, ¿y vosotros lo ofrecéis a la Virgen? Son ladrones los que roban dinero, objetos, libros a los compañeros, los que sustraen cosas de comer al Oratorio, los que destrozan los vestidos por rabia, los que malgastan el dinero de sus padres no estudiando, etc. E hizo que también éstos se pusieran aparte.

Llegaron los que llevaban platos con sapos y el Ángel, mirándoles indignado, les dijo: -Los sapos simbolizan el vergonzoso pecado del escándalo y, ¿vosotros venís a ofrecérselos a la Virgen? Retiraos, id con los que no son dignos. Y se retiraron confundidos. Avanzaban otros con un cuchillo clavado en el corazón. El cuchillo significaba los sacrilegios. El Ángel les dijo:

– ¿No veis que lleváis la muerte en el alma: ¿Que estáis con vida por misericordia de Dios y que de lo contrario estaríais perdidos para siempre? ¡Por favor! ¡Que os arranquen ese cuchillo! También éstos fueron echados fuera.

Poco a poco se acercaron todos los demás jóvenes y ofrecían corderos, conejos, pescado, nueces, uvas, etc., etc. El Ángel recibió todo y lo puso sobre el altar. Y después de haber separado así los buenos de los malos, hizo formar en filas ante el altar aquéllos cuyos dones habían sido aceptados por María. Con gran dolor vi que los que habían sido puestos aparte eran más numerosos de lo que yo creía.

Salieron por ambos lados del altar otros dos ángeles que sostenían dos riquísimas cestas llenas de magníficas coronas hechas con rosas estupendas. No eran rosas terrenales, sino como artificiales, símbolo de la inmortalidad.

Y el Ángel de la Guarda fue tomando una a una aquellas coronas y coronó a todos los jóvenes formados ante el altar. Las había grandes y pequeñas, pero todas de una belleza incomparable. Os he de advertir que no solamente se hallaban

allí los actuales alumnos de la casa, sino también muchos más que yo no había visto nunca.

En esto que sucedió algo admirable. Había muchachos de cara tan fea que casi daban asco y repulsión; a éstos les tocaron las coronas más hermosas, señal de que a un exterior tan feo suplía el regalo de la virtud de la castidad, en grado eminente. Muchos otros tenían la misma virtud, pero en grado menos elevado. Muchos se distinguían por otras virtudes, como la obediencia, la humildad, el amor de Dios, y todos tenían coronas proporcionadas al grado de sus virtudes. El Ángel les dijo:

-María ha querido que hoy fueseis coronados con hermosas flores. Procurad, sin embargo, seguir de modo que no os sean arrebatadas. Hay tres medios para conservarlas: 1.º humildad, 2.º obediencia, y 3.º castidad; son tres virtudes que siempre os harán gratos a María y un día os harán dignos de recibir una corona infinitamente más hermosa que ésta.

Entonces los jóvenes empezaron a cantar ante el altar el Ave maris Stella.

Terminada la primera estrofa, y procesionalmente, como habían llegado, iniciaron la marcha cantando: Load a María, pero con voces tan fuertes que yo quedé estupefacto, maravillado. Les seguí durante un rato y luego volví atrás para ver a los muchachos que el Ángel había puesto aparte: pero no los vi más.

Amigos míos: yo sé quiénes fueron coronados y quiénes fueron rechazados por el Ángel. Se lo diré a cada uno en particular para que todos procuréis ofrecer a María obsequios que ella se digne aceptar.

Mientras tanto, he aquí algunas observaciones: La primera. -Todos llevaban flores a la Virgen y, entre ellas, las había de muchas clases, pero observé que todos, unos más otros menos, tenían espinas en medio de las flores. Pensé y volví a pensar qué significaban aquellas espinas y descubrí que significaban la desobediencia. Tener dinero sin licencia y sin querer entregarlo al Administrador; pedir permiso para ir a un sitio y después ir a otro; llegar tarde a clase cuando ya

hace tiempo que están los demás en ella, hacer merendolas clandestinas; entrar en los dormitorios de otros, lo que está severamente prohibido, no importa el motivo o pretexto que tengáis; levantarse tarde por la mañana; abandonar las prácticas reglamentarias; hablar en horas de silencio; comprar libros sin hacerlos revisar; enviar cartas por medio de terceros para que no sean vistas y recibirlas por el mismo medio; hacer tratos, comprar y vender cosas entre vosotros: esto es lo que significan las espinas. Muchos de vosotros preguntaréis si es pecado transgredir los reglamentos de la casa. Lo he pensado seriamente y os respondo que sí. No digo si ello es grave o leve; hay que regularse por las circunstancias, pero pecado lo es. Alguno me dirá que en la ley de Dios no se habla de que debemos obedecer los reglamentos de la casa. Escuchad: está en los mandamientos: – ¡Honrar padre y madre! ¿Sabéis qué quieren decir las palabras padre y madre? Comprenden también a los que hacen sus veces. Además, ¿no está escrito en la Escritura: *Oboedite praepositis vestris?* (Obedeced a vuestros dirigentes). Si a vosotros os toca obedecer, es lógico que a ellos toca mandar. Este es el origen de los reglamentos del Oratorio y ésta la razón de si se deben cumplir o no.

Segunda observación. -Algunos llevaban entre sus flores unos clavos, clavos que habían servido para enclavar al buen Jesús. ¿Cómo? Siempre se empieza por las cosas pequeñas y luego se llega a las grandes. Aquel tal quería tener dinero para satisfacer sus caprichos y gastarlo a su antojo y por eso no quiso entregarlo; vendió después sus libros de clase y terminó por robar dinero y prendas a sus compañeros. Aquel otro quería estimular el garguero y llegaron las botellas, etc.; después se permitió otras licencias hasta caer en pecado mortal. Así se explican los clavos de aquellos ramos, así es como se crucifica al buen Jesús. Ya dice el Apóstol que los pecados vuelven a crucificar al Salvador. *Rursus crucifigentes Filium Dei* (Crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios).

Tercera observación. -Muchos jóvenes tenían, entre las flores frescas y olorosas de sus ramos, flores secas y

marchitas o sin perfume alguno. Estas significaban las buenas obras hechas en pecado mortal, las cuales no sirven para acrecentar sus méritos; las flores sin perfume son las obras buenas hechas por fines humanos, por ambición o solamente para agradar a superiores y maestros. Por esto el Ángel les reprochaba que se atreviesen a presentar a María tales obsequios y les mandaba atrás para que arreglasen su ramo. Ellos se retiraban, lo deshacían, quitaban las flores secas y después, arregladas las flores, las ataban como antes y las llevaban de nuevo al Ángel, el cual las aceptaba y ponía sobre la mesa. Una vez terminada su ofrenda, sin ningún orden, se juntaban con los otros que debían recibir la corona.

Yo vi en este sueño todo lo que sucedió y sucederá a mis muchachos. A muchos ya se lo he dicho, a otros se lo diré. Por vuestra parte, procurad que la Santísima Virgen reciba de vosotros dones que no tengan que ser rechazados.
(*MB IT VIII, 129-132 / MB ES 120-122*)

Foto de apertura: Carlo Acutis durante una visita al Santuario mariano de Fátima.

Santo Domingo Savio. Los lugares de la infancia

Santo Domingo Savio, el “pequeño gran santo”, vivió su breve pero intensa niñez entre las colinas del Piamonte, en lugares hoy cargados de memoria y espiritualidad. Con motivo de su beatificación en 1950, la figura de este joven discípulo de Don Bosco fue celebrada como símbolo de pureza, fe y dedicación evangélica. Recorramos los lugares principales de su infancia –Riva presso Chieri, Morialdo y Mondonio– a través

de testimonios históricos y relatos vívidos, revelando el ambiente familiar, escolar y espiritual que forjó su camino hacia la santidad.

El Año Santo de 1950 fue también el de la Beatificación de Domingo Savio, que tuvo lugar el 5 de marzo. El discípulo de Don Bosco, de 15 años, fue el primer santo laico “confesor” que subió a los altares a tan temprana edad.

Aquel día, la Basílica de San Pedro estaba abarrotada de jóvenes que daban testimonio, con su presencia en Roma, de una juventud cristiana totalmente abierta a los ideales más sublimes del Evangelio. Se transformó, según Radio Vaticano, en un inmenso y ruidoso Oratorio Salesiano. Cuando el velo que cubría la figura del nuevo Beato cayó de los rayos de Bernini, un frenético aplauso se levantó de toda la basílica y el eco llegó hasta la plaza, donde se descubrió el tapiz que representaba al Beato desde la Logia de las Bendiciones.

El sistema educativo de Don Bosco recibió aquel día su máximo reconocimiento. Quisimos volver a visitar los lugares de la infancia de Domingo, tras releer la detallada información de don Michele Molineris en esa Nueva Vida de Domingo Savio, en la que describe con su conocida seriedad documental lo que no dicen las biografías de Santo Domingo Savio.

En Riva cerca de Chieri

Nos encontramos en primer lugar en [San Giovanni di Riva junto a Chieri](#), la aldea donde nació nuestro “pequeño gran Santo” el 2 de abril de 1842, de Carlo Savio y Brigida Gaiato, el segundo de diez hijos, heredando del primero, que sólo sobrevivió 15 días después de su nacimiento, su nombre y su primogenitura.

Su padre, como sabemos, procedía de Ranello, una aldea de Castelnuovo d’Asti, y de joven había ido a vivir con su tío Carlo, herrero en Mondonio, en una casa de la actual Via Giunipero, en el n.º 1, aún llamada “ca dèlfré” o casa del

herrero. Allí, de “Barba Carlòto” había aprendido el oficio. Algún tiempo después de su matrimonio, contraído el 2 de marzo de 1840, se había independizado, trasladándose a la casa Gastaldi de San Giovanni di Riva. Alquiló una vivienda con habitaciones en la planta baja, aptas para cocina, almacén y taller, y dormitorios en el primer piso, a los que se accedía por una escalera exterior hoy desaparecida.

Posteriormente, en 1978, los herederos de Gastaldi vendieron la casa de campo y la granja contigua a los Salesianos. Y hoy, un moderno centro juvenil, dirigido por antiguos alumnos y cooperadores salesianos, da memoria y nueva vida a la casita donde nació Domingo.

En Morialdo

En noviembre de 1843, es decir, cuando Domingo aún no había cumplido los dos años, la familia Savio, por motivos de trabajo, se trasladó a [Morialdo](#), la aldea de Castelnuovo vinculada al nombre de San Juan Bosco, que nació en Cascina Biglione, una aldea del distrito de Becchi.

En Morialdo, los Savio alquilaron unas pequeñas habitaciones cerca del porche de entrada de la granja propiedad de Viale Giovanna, que se había casado con Stefano Persoglio. Más tarde, su hijo Persoglio Alberto vendió toda la granja a Pianta Giuseppe y familia.

En la actualidad, esta granja es también, en su mayor parte, propiedad de los Salesianos que, tras restaurarla, la han utilizado para encuentros de niños y adolescentes y para visitas de peregrinos. A menos de 2 km del Colle Don Bosco, está situada en un entorno campestre, entre festones de viñas, campos fértiles y prados ondulados, con un aire de alegría en primavera y de nostalgia en otoño, cuando las hojas amarillentas se doran con los rayos del sol, con un panorama encantador en los días buenos, cuando la cadena de los Alpes se extiende en el horizonte desde la cima del Monte Rosa, cerca de Albugnano, hasta el Gran Paradiso, hasta Rocciamelone, bajando hasta Monviso, es verdaderamente un lugar para visitar y aprovechar días de intensa vida

espiritual, una escuela de santidad al estilo de Don Bosco.

La familia Savio permaneció en Morialdo hasta febrero de 1853, es decir, nueve años y tres meses. Domingo, que sólo vivió 14 años y meses, pasó allí casi dos tercios de su corta existencia. Por tanto, se le puede considerar no sólo alumno e hijo espiritual de Don Bosco, sino también su paisano.

En Mondonio

Por qué la familia Savio abandonó Morialdo, sugiere el P. Molineris. Su tío el herrero había muerto y el padre de Domingo podía heredar no sólo las herramientas del oficio, sino también la clientela de Mondonio. Esa fue probablemente la razón del traslado, que tuvo lugar, sin embargo, no a la casa de Via Giunipero, sino a la parte baja del pueblo, donde alquilaron a los hermanos Bertello la primera casa a la izquierda de la calle principal del pueblo. La pequeña casa constaba, y sigue constando hoy, de una planta baja con dos habitaciones, adaptadas como cocina y taller, y una planta superior, encima de la cocina, con dos habitaciones y espacio suficiente para un taller con puerta a la rampa a la calle.

Sabemos que los cónyuges Savio tuvieron diez hijos, tres de los cuales murieron muy jóvenes y otros tres, incluido el nuestro, no llegaron a cumplir los 15 años. La madre murió en 1871 a la edad de 51 años. El padre, que se quedó solo en casa con su hijo Juan, después de haber acogido a las tres hijas supervivientes, pidió hospitalidad a Don Bosco en 1879 y murió en Valdocco el 16 de diciembre de 1891.

En Valdocco, Domingo había ingresado el 29 de octubre de 1854, permaneciendo allí, salvo breves periodos vacacionales, hasta el 1 de marzo de 1857. Murió ocho días después en [Mondonio](#), en la pequeña habitación junto a la cocina, el 9 de marzo de ese año. Su estancia en Mondonio fue, por tanto, de unos 20 meses en total, y en Valdocco de 2 años y 4 meses.

Recuerdos de Morialdo

De este breve repaso a las tres casas de los Savio, se desprende que la de Morialdo debe ser la más rica en recuerdos. San Giovanni di Riva recuerda el nacimiento de Domingo, y Mondonio un año en la escuela y su santa muerte, pero Morialdo recuerda su vida en familia, en la iglesia y en la escuela. "*Minòt*", como le llamaban allí, cuántas cosas habrá oído, visto y aprendido de su padre y de su madre, cuánta fe y amor demostró en la pequeña iglesia de San Pietro, cuánta inteligencia y bondad en la escuela de Don Giovanni Zucca, y cuánta diversión y vivacidad en el patio de recreo con sus compañeros de aldea.

Fue en Morialdo donde Domingo Savio se preparó para su Primera Comunión, que hizo en la iglesia parroquial de Castelnuovo el 8 de abril de 1849. Fue allí, cuando sólo tenía 7 años, donde escribió las "*Memorias*", es decir, las intenciones de su Primera Comunión:

1. 1. Me confesaré muy a menudo y comulgaré todas las veces que el confesor me lo permita;
2. Quiero santificar los días de fiesta;
3. Mis amigos serán Jesús y María;
4. La muerte, pero no los pecados.

Recuerdos que fueron la guía de sus actos hasta el final de su vida.

El comportamiento, la forma de pensar y de actuar de un niño reflejan el entorno en el que vivió, y especialmente la familia en la que pasó su infancia. Por eso, si se quiere comprender algo sobre Domingo, siempre es bueno reflexionar sobre su vida en aquella granja de Morialdo.

La familia

La suya no era una familia de agricultores. Su padre era herrero y su madre costurera. Sus padres no eran de constitución robusta. Los signos de la fatiga se podían ver en el rostro de su padre, mientras que la finura de líneas distinguía el rostro de su madre. El padre de Domingo era un hombre de iniciativa y coraje. Su madre procedía del no muy

lejano Cerreto d'Asti, donde tenía un taller de costura "y con su habilidad nos quitaba el aburrimiento de bajar al valle a buscar telas". Y seguía siendo costurera también en Morialdo. ¿Lo habrá sabido Don Bosco? Curioso, sin embargo, su diálogo con el pequeño Domingo, que había ido a buscarle a casa de los Becchi:

– *Bueno ¿Qué le parece?*

– *Eh, me parece que hay buena tela (en piamontés.: Eh, m'a smia ch'a-j'sia bon-a stòfa!).*

– *¿Para qué se puede utilizar esta tela?*

– *Para hacer un hermoso vestido para regalarle al Señor.*

– *Así pues, yo soy la tela: usted será el sastre, tómeme con usted (en piem.: ch'èmpija ansema a chiel) y hará un hermoso vestido para el Señor" (OE XI, 185).*

Un diálogo impagable entre dos compatriotas que se entendieron a la primera. Y su lenguaje era el adecuado para el hijo de la modista.

Cuando murió su madre, el 14 de julio de 1871, el párroco de Mondonio, Don Giovanni Pastrone, dijo a sus llorosas hijas para consolarlas: "No lloréis, porque vuestra madre era una mujer santa; y ahora ya está en el Paraíso".

Su hijo Domingo, que la había precedido en el cielo hace unos años, también le había dicho a ella y a su padre, antes de fallecer: "No lloréis, ya veo al Señor y a la Virgen con los brazos abiertos esperándome". Estas últimas palabras suyas, atestiguadas por su vecina Anastasia Molino, presente en el momento de su muerte, fueron el sello de una vida gozosa, el signo manifiesto de esa santidad que la Iglesia reconoció solemnemente el 5 de marzo de 1950, dándole más tarde la confirmación definitiva el 12 de junio de 1954 con su canonización.

Foto en el frontispicio. La casa donde murió Domingo en 1857. Es una construcción de tipo rural que data probablemente de finales del siglo XVII. Reconstruida sobre otra casa aún más antigua, es uno de los monumentos más queridos por los

Padre Crespi y el Jubileo de 1925

En 1925, de cara al Año Santo, el Padre Carlo Crespi se hizo promotor de una exposición misionera internacional. Llamado por el Colegio Manfredini di Este, fue encargado de documentar las empresas misioneras en Ecuador, recogiendo materiales científicos, etnográficos y audiovisuales. Gracias a viajes y proyecciones, su obra conectó Roma y Turín, evidenciando el compromiso salesiano y reforzando los lazos entre instituciones eclesiales y civiles. Su coraje y su visión transformaron el desafío misionero en un éxito expositivo, dejando una huella imborrable en la historia de la Propaganda Fide y de la acción misionera salesiana.

Cuando Pío XI, de cara al Año Santo de 1925, quiso programar en Roma una documentada Exposición Misionera Internacional Vaticana, los Salesianos hicieron suya la iniciativa con una Muestra Misionera, que se celebraría en Turín en 1926, también en función del 50° aniversario de las Misiones Salesianas. Con tal propósito, los Superiores pensaron enseguida en Don Carlo Crespi y lo llamaron del Colegio Manfredini di Este, donde había sido asignado para enseñar Ciencias naturales, Matemáticas y Música.

En Turín, Don Carlo se reunió con el Rector Mayor, Don Felipe Rinaldi, con el superior referente para las misiones, Don Pietro Ricaldone y, en particular, con Mons. Domenico Comin, vicario apostólico de Méndez y Gualaquiza (Ecuador), que debía apoyar su obra. En ese momento, viajes, exploraciones, investigaciones, estudios y todo lo que debía

nacer de la obra de Carlo Crespi, tuvieron el aval y el visto bueno oficial de los Superiores. Aunque faltaban cuatro años para la proyectada Exposición, pidieron a Don Carlo que se ocupara directamente de ella, para que desarrollara por completo un trabajo científicamente serio y creíble.

Se trataba de:

1. Crear un clima de interés a favor de los Salesianos que operan en la misión ecuatoriana de Méndez, valorando sus empresas a través de documentación escrita y oral, y proveyendo a una congrua recogida de fondos.

2. Recoger material para la preparación de la Exposición Misionera Internacional de Roma y, transferirlo posteriormente a Turín, para conmemorar solemnemente los primeros cincuenta años de las misiones salesianas.

3. Efectuar un estudio científico del susodicho territorio con el fin de canalizar los resultados, no solo en las muestras de Roma y Turín, sino sobre todo en un Museo permanente y en una obra "histórico-geo-etnográfica" precisa.

Desde 1921 en adelante, los Superiores encargaron a Don Carlo conducir en diversas ciudades italianas actividades propagandísticas a favor de las misiones. Para sensibilizar a la opinión pública al respecto, Don Carlo organizó la proyección de documentales sobre la Patagonia, la Tierra del Fuego y los indios del Mato Grosso. A los filmes grabados por los misioneros, combinó comentarios musicales ejecutados personalmente al piano.

La propaganda con conferencias fructificó cerca de 15 mil liras [revalorizados corresponden a € 14.684] gastadas luego para los viajes, el transporte y para los siguientes materiales: una máquina fotográfica, una cámara de cine, una máquina de escribir, algunas brújulas, teodolitos, niveles, pluviómetros, una caja de medicinas, herramientas de agricultura, tiendas de campaña.

Diversos industriales del milanés ofrecieron algunos quintales de tejidos por el valor de 80 mil liras [€ 78.318], tejidos que fueron repartidos más tarde entre los indios.

El 22 de marzo de 1923 el padre Crespi se embarca, pues, en el vapor "Venezuela", rumbo a Guayaquil, el puerto fluvial y marítimo más importante de Ecuador, de hecho, la capital comercial y económica del País, apodada por su belleza: "La Perla del Pacífico".

En un escrito sucesivo evocará con gran conmoción su partida para las Misiones: *"Recuerdo mi partida de Génova el 22 de marzo del año 1923 [...]. Cuando, quitados los puentes que todavía nos mantenían unidos a la tierra natal, el barco comenzó a moverse, mi alma fue invadida por una alegría tan arrolladora, tan sobrehumana, tan inefable, que tal no la había probado nunca en ningún instante de mi vida, ni siquiera en el día de mi primera Comunión, ni siquiera en el día de mi primera Misa. En aquel instante comencé a comprender qué era el misionero y qué cosa le reservaba Dios [...]. Rogad fervientemente, para que Dios nos conserve la santa vocación y nos haga dignos de nuestra santa misión; para que ninguna perezca de las almas, que en sus eternos decretos Dios ha querido que se salvaran por medio nuestro, para que nos haga gallardos campeones de la fe, hasta la muerte, hasta el martirio"* (Carlo Crespi, Nuevo batallón. El himno del reconocimiento, en Boletín Salesiano, L, nr.12, diciembre de 1926).

Don Carlo cumplió el encargo recibido poniendo en práctica los conocimientos universitarios, en particular a través del muestreo de minerales, flora y fauna provenientes de Ecuador. Muy pronto, sin embargo, fue más allá de la misión que le fue confiada, entusiasmándose sobre temas de carácter etnográfico y arqueológico que, en seguida, ocuparán mucho tiempo de su intensa vida.

Desde los primeros itinerarios, Carlo Crespi no se limita a admirar, sino que recoge, clasifica, apunta, fotografía, filma y documenta cualquier cosa que atraiga su atención de estudioso. Con entusiasmo, se adentra en el Oriente ecuatoriano para filmes, documentales y para recoger válidas colecciones botánicas, zoológicas, étnicas y arqueológicas.

Este es aquel mundo magnético que ya le vibraba en el corazón aun antes de llegar allí, del cual así se refiere al interior de sus cuadernitos: *“En estos días una voz nueva, insistente, me suena en el ánimo, una sacra nostalgia de los países de misión; alguna vez también por el deseo de conocer en particular cosas científicas. ¡Oh Señor! Estoy dispuesto a todo, a abandonar la familia, los parientes, los compañeros de estudios; el todo para salvar alguna alma, si este es tu deseo, tu voluntad”* (Sin lugar, sin fecha. – Apuntes personales y reflexiones del Siervo de Dios sobre temas de naturaleza espiritual tomados de 4 cuadernitos).

Un primer itinerario, durado tres meses, inició en Cuenca, tocó Gualaceo, Indanza y terminó en el río Santiago. Alcanzó luego el valle del río San Francisco, la laguna de Patococha, Tres Palmas, Culebrillas, Potrerillos (la localidad más alta, a 3.800 m s.n.m.), Río Ishpingo, la colina de Puerco Grande, Tinajillas, Zapote, Loma de Puerco Chico, Plan de Milagro y Pianoro. En cada uno de estos lugares recogió muestras para secar e integrar en las varias colecciones. Cuadernos de campo y numerosas fotografías documentan el todo con precisión.

Carlo Crespi organizó un segundo viaje a través de los valles de Yanganza, Limón, Peña Blanca, Tzaranbiza, así como a lo largo del sendero de Indanza. Como es fácil suponer, los desplazamientos en la época eran dificultosos: existían solamente caminos de herradura, además de precipicios, condiciones climáticas inhóspitas, fieras peligrosas, ofidios letales y enfermedades tropicales.

A esto se añadía el peligro de ataques por parte de los indómitos habitantes del Oriente que Don Carlo, sin embargo, logró acercar, poniendo las premisas del largometraje *“Los invencibles Shuaras del Alto Amazonas”*, que grabará en 1926 y será proyectado el 26 de febrero de 1927 en Guayaquil. Superando todas estas insidias, logró reunir seiscientas variedades de coleópteros, sesenta pájaros disecados del maravilloso plumaje, musgos, líquenes, helechos. Estudió cerca de doscientas especies locales y, utilizando la sub

clasificación de los lugares visitados por los naturalistas sobre las Allioni, se topó con 21 variedades de helechos, pertenecientes a la zona tropical por debajo de los 800 m s.n.m.; 72 a aquella subtropical que va desde los 800 a los 1.500 m s.n.m.; 102 a aquella Subandina, entre los 1.500 y los 3.400 m s.n.m., y 19 a aquella Andina, superior a los 3.600 m s.n.m. (Interesantísimo es el comentario del prof. Roberto Bosco, prestigioso botánico y componente de la Sociedad Botánica Italiana que, catorce años después, en 1938, decidió estudiar y ordenar sistemáticamente *“la vistosa colección de helechos”* preparada en pocos meses por el “Prof. Carlo Crespi, herborizando en Ecuador).

Las especies mayormente dignas de nota, estudiadas por Roberto Bosco, fueron bautizadas “Crespiane”.

Para resumir: ya en octubre de 1923, Don Carlo, para preparar la Exposición Vaticana, había organizado las primeras excursiones misioneras por todo el Vicariato, hasta Méndez, Gualaquiza e Indanza, recogiendo materiales etnográficos y mucha documentación fotográfica. Los gastos fueron cubiertos con los tejidos y las financiaciones recogidas en Italia. Con el material recogido, que en seguida habría transferido a Italia, organizó una Exposición ferial, entre los meses de junio y julio de 1924, en la ciudad de Guayaquil. El trabajo suscitó juicios entusiastas, reconocimientos y ayudas. De esta Exposición referirá, diez años después, en una carta del 31 de diciembre de 1935 a los Superiores de Turín, para informarles sobre los fondos recogidos desde noviembre de 1922 a noviembre de 1935.

El Padre Crespi pasó el primer semestre de 1925 en las selvas de la zona de Sucúa-Macas, estudiando la lengua Shuar y recogiendo ulterior material para la Exposición misionera de Turín. En agosto del mismo año comenzó una tratativa con el Gobierno para obtener una gran financiación, que se concluyó el 12 de septiembre con un contrato por 110.000 sucres (equivalentes a 500.000 liras de entonces y que hoy serían € 489.493,46), que permitiese ultimar la carretera Pan-Méndez). Además, obtuvo también el permiso de retirar de

la aduana 200 quintales de hierro y material secuestrado a algunos comerciantes.

En 1926 Don Carlo, regresado a Italia, llevó jaulas con animales vivos de la zona oriental de Ecuador (una difícil recogida de pájaros y animales raros) y cajas con material etnográfico, para la Exposición Misionera de Turín, que organizó personalmente celebrando también el discurso oficial de clausura el 10 de octubre.

En el mismo año fue ocupado en organizar la Exposición y, luego, en celebrar diversas conferencias y participando en el Congreso Americano de Roma con dos conferencias científicas. Este su entusiasmo y esta su competencia e investigación científica respondían perfectamente a las directivas de los Superiores, y, por lo tanto, a través de la Exposición Misionera Internacional de 1925 en Roma y de 1926 en Turín, Ecuador pudo ser ampliamente conocido. Además, a nivel eclesial, contactó la Obra de Propaganda Fide, la Santa Infancia y la Asociación para el Clero Indígena. A nivel civil, entabló relaciones con el Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno Italiano.

De estos contactos y de las entrevistas con los Superiores de la Congregación Salesiana, se obtuvieron algunos resultados. En primer lugar, los Superiores le hicieron el regalo de concederle 4 sacerdotes, 4 seminaristas, 9 hermanos coadjutores, y 4 monjas para el Vicariato. Además, obtuvo una serie de ayudas económicas de los Organismos Vaticanos y la colaboración con material sanitario para los hospitales, por el valor de cerca de 100.000 liras (€ 97.898,69). Como regalo de los Superiores Mayores por la ayuda prestada para la Exposición Misionera, ellos se hicieron cargo de la construcción de la Iglesia de Macas, con dos cuotas de 50.000 liras (€ 48,949, 35), enviadas directamente a Mons. Domenico Comin.

Agotado el encargo de coleccionista proveedor y animador de las grandes muestras internacionales, el padre Crespi en 1927 regresó a Ecuador, que se convirtió en su segunda patria. Se estableció en el Vicariato, bajo la

jurisdicción del obispo, Mons. Comin, siempre dedicado, en espíritu de obediencia, a excursiones de propaganda, para asegurar subvenciones y fondos especiales, necesarios a las obras de las misiones, tales como la carretera Pan Méndez, el Hospital Guayaquil, la escuela Guayaquil en Macas, el Hospital Quito en Méndez, la Escuela agrícola de Cuenca, ciudad donde, ya desde 1927, comenzó a desarrollar su apostolado sacerdotal y salesiano.

Por algunos años, luego continuó ocupándose de ciencias, pero siempre con el espíritu del apóstol.

Carlo Riganti

Presidente Asociación Carlo Crespi

Imagen: 24 de marzo de 1923 – Padre Carlo Crespi En partida para Ecuador en el Vapor Venezuela

Hacia el infierno intenciones ineficaces (1873)

San Giovanni Bosco relata en una «buena noche» el fruto de una larga súplica a la Madonna Auxiliadora: comprender la causa principal de la condenación eterna. La respuesta, recibida en sueños repetidos, es impactante en su sencillez: la falta de una firme y concreta resolución al terminar la Confesión. Sin una decisión sincera de cambiar de vida, incluso el sacramento se vuelve estéril y los pecados se repiten.

Solemne admonición.

– ¿Por qué tantos se condenan...?

– Porque no hacen buenos propósitos cuando se confiesan.

La noche del 31 de mayo de 1873, después de las

oraciones, al dar las «*buenas noches*» a los alumnos, el Siervo de Dios hizo esta importante declaración, diciendo que era el «*resultado de sus plegarias*» y que «*procedía del Señor*».

Durante todo el tiempo de la novena de María Auxiliadora, mejor dicho, durante todo el mes de mayo, en la misa y en mis oraciones particulares, pedía al Señor y a la Virgen la gracia de que me hiciesen conocer cuál era la causa por la que caía más gente en el infierno.

Ahora no digo que esto venga o no del Señor; pero sí puedo afirmar que casi todas las noches soñaba con que la causa fundamental era la falta de propósito en las confesiones. Y después me parecía ver a algunos muchachos que salían de la iglesia de confesarse y que tenían dos cuernos.

– ¿Cómo es esto?, decía para mí – ¡Ah, esto procede de la ineficacia de los propósitos de la confesión! Este es el motivo por el que hay muchos que van a confesarse con frecuencia, pero no se enmiendan jamás, y confiesen siempre las mismas cosas. Son los que (y hablo de casos hipotéticos, pues no puedo servirme de nada de lo que he oído en confesión, porque es secreto), son los que al principio del año tuvieron una calificación desfavorable y continúan con la misma; los que murmuraban al comienzo del año y continúan murmurando.

He creído oportuno decirlos esto, porque es el resultado de las pobres oraciones de don Bosco, y procede del Señor.

De este sueño no dijo en público más detalles, pero privadamente se sirvió de él para amonestar a los muchachos.

Para nosotros, lo poco que dijo, y la forma como lo dijo, constituye una grave advertencia, que se ha de recordar con frecuencia a los jovencitos.

(MB IT X,56 / MB ES X,61-62)

Don Bosco promotor de la “misericordia divina”

Siendo un sacerdote muy joven, Don Bosco publicó un volumen, en formato diminuto, titulado “Ejercicio de devoción a la misericordia de Dios”.

Todo comenzó con la marquesa de Barolo

La marquesa Giulia Colbert di Barolo (1785-1864), declarada Venerable por el Papa Francisco el 12 de mayo de 2015, cultivaba personalmente una especial devoción a la misericordia divina, por lo que hizo introducir la costumbre de una semana de meditaciones y oraciones sobre el tema en las comunidades religiosas y educativas que fundó cerca de Valdocco. Pero no se contentaba. Quería que esta práctica se extendiera a otros lugares, especialmente en las parroquias, entre el pueblo. Pidió el consentimiento de la Santa Sede, que no sólo se la otorgó, sino que también concedió varias indulgencias a esta práctica devocional. Llegados a este punto, se trataba de hacer una publicación adecuada a tal fin.

Nos encontramos en el verano de 1846, cuando Don Bosco, superada la grave crisis de agotamiento que le había llevado al borde de la tumba, se había retirado a casa de Mamá Margarita en i Becchi para recuperarse y ahora se había “licenciado” a su apreciado servicio como capellán de una de las obras de Barolo, para gran disgusto de la propia marquesa. Pero “sus jóvenes” lo llamaron a la recién alquilada casa Pinardi.

En ese momento intervino el famoso patriota Silvio Pellico, secretario-bibliotecario de la marquesa y admirador y amigo de Don Bosco, que había puesto música a algunos de sus poesías. Las memorias salesianas cuentan que Pellico, con cierto atrevimiento, propuso a la marquesa que encargara a Don

Bosco la publicación que le interesaba. ¿Qué hizo la marquesa? Aceptó, aunque no con demasiado entusiasmo. ¿Quién sabe? Quizás quería ponerlo a prueba. Y Don Bosco, también aceptó.

Un tema cercano a su corazón

El tema de la misericordia de Dios figuraba entre sus intereses espirituales, aquellos en los que se había formado en el seminario de Chieri y sobre todo en el Convitto de Turín. Sólo dos años antes había terminado de asistir a las lecciones de su compatriota San José Cafasso, apenas cuatro años mayor que él, pero su director espiritual, de quien seguía las predicaciones de los ejercicios espirituales para sacerdotes, aunque también formador de media docena de otros fundadores, algunos incluso santos. Pues bien, Cafasso, aunque hijo de la cultura religiosa de su época –hecha de prescripciones y de la lógica de “hacer el bien para escapar al castigo divino y merecer el Paraíso”- no perdía ocasión, tanto en su enseñanza como en su predicación, de hablar de la misericordia de Dios. ¿Y cómo no iba a hacerlo si se dedicaba constantemente al sacramento de la penitencia y a asistir a los condenados a muerte? Tanto más cuanto que tal devoción indulgente constituía entonces una reacción pastoral contra el rigor del jansenismo que sostenía la predestinación de los que se salvaban.

Por tanto, Don Bosco, en cuanto regresó del campo a principios de noviembre, se puso manos a la obra, siguiendo las prácticas piadosas aprobadas por Roma y difundidas por todo el Piamonte. Con la ayuda de algunos textos que pudo encontrar fácilmente en la biblioteca del Convitto que conocía bien, a finales de año publicó a sus expensas un librito de 111 páginas, formato diminuto, titulado “[Ejercicio de devoción a la Misericordia de Dios](#)”. Inmediatamente hizo homenaje a las niñas, mujeres y religiosas de las fundaciones de la Barolo. No está documentado, pero la lógica y la gratitud dirían que también se lo regaló a la marquesa Barolo, promotora del proyecto: pero la misma lógica y gratitud dirían que la marquesa no se dejó superar en generosidad, enviándole, quizá

anónimamente como en otras ocasiones, una contribución propia a los gastos.

No hay espacio aquí para presentar el contenido “clásico” del libro de meditaciones y oraciones de Don Bosco; sólo queremos señalar que su principio básico es: “cada uno debe invocar la Misericordia de Dios para sí mismo y para todos los hombres, porque ‘todos somos pecadores’ [...] todos necesitados de perdón y de gracia [...] todos llamados a la salvación eterna”.

Significativo es entonces el hecho de que al final de cada día de la semana Don Bosco, en la lógica del título “ejercicios devocionales”, asigne una práctica de piedad: invitar a otros a participar, perdonar a los que nos han ofendido, hacer una mortificación inmediata para obtener de Dios misericordia para todos los pecadores, dar alguna limosna o sustituirla con la recitación de oraciones o jaculatorias, etc. El último día la práctica se sustituye por una simpática invitación, quizá incluso aludiendo a la marquesa de Barolo, a recitar “al menos un *Ave María* por la persona que ha promovido esta devoción!”.

Práctica educativa

Pero más allá de los escritos con fines edificantes y formativos, cabe preguntarse cómo educaba concretamente Don Bosco a sus jóvenes para confiar en la misericordia divina. La respuesta no es difícil y podría documentarse de muchas maneras. Nos limitaremos a tres experiencias vitales vividas en Valdocco: los sacramentos de la Confesión y Comunión y su figura de “padre lleno de bondad y amor”.

La Confesión

Don Bosco inició a la vida cristiana adulta a cientos de jóvenes de Valdocco. ¿Pero con qué medios? Dos en particular: la Confesión y la Comunión.

Don Bosco, como sabemos, es uno de los grandes apóstoles de la Confesión, y esto se debe en primer lugar a

que ejerció plenamente este ministerio, al igual que, por lo demás, su maestro y director espiritual Cafasso, mencionado anteriormente, y la admirada figura de su casi contemporáneo el santo cura de Ars (1876-1859). Si la vida de este último, como se ha escrito, “transcurrió en el confesionario” y la del primero pudo ofrecer muchas horas del día (“el tiempo necesario”) para escuchar en confesión a “obispos, sacerdotes, religiosos, laicos eminentes y gente sencilla que acudían a él”, la de Don Bosco no pudo hacer lo mismo debido a las numerosas ocupaciones en las que estaba inmerso. Sin embargo, se ponía a disposición de los jóvenes (y de los salesianos) en el confesionario cada día que se celebraban servicios religiosos en Valdocco o en las casas salesianas, o en ocasiones especiales.

Había empezado a hacerlo en cuanto terminó de “aprender a ser sacerdote” en el Convitto (1841-1844), cuando los domingos reunía a los jóvenes en el oratorio itinerante del bienio, cuando iba a confesar al santuario de la Consolata o a las parroquias piemontesas a las que era invitado, cuando aprovechaba los viajes en carruaje o en tren para confesar a los cocheros o a los pasajeros. No dejó de hacerlo hasta el último momento, cuando invitado a no cansarse con las confesiones, respondía que a esas alturas era lo único que podía hacer por sus jóvenes. Y icuál fue su pena cuando, por razones burocráticas y malentendidos, su licencia para confesar no fue renovada por el arzobispo! Los testimonios sobre Don Bosco como confesor son innumerables y, de hecho, la famosa fotografía que le representa en el acto de confesar a un joven rodeado de tantos otros que esperan hacerlo, debió de gustar al propio santo, que tal vez tuvo la idea de la misma, y que aún hoy sigue siendo un icono significativo e imborrable de su figura en el imaginario colectivo.

Pero más allá de su experiencia como confesor, Don Bosco fue un incansable promotor del sacramento de la Reconciliación, divulgó su necesidad, su importancia, la utilidad de su frecuencia, señaló los peligros de una celebración carente de las condiciones necesarias, ilustró las

formas clásicas de abordarlo fructíferamente. Lo hizo a través de conferencias, buenas noches, consignas ingeniosos y palabritas al oído, circulares a los jóvenes en los colegios, cartas personales y la narración de numerosos sueños que tenían por objeto la confesión, bien o mal hecha. De acuerdo con su inteligente práctica catequética, les contaba episodios de conversiones de grandes pecadores, y también sus propias experiencias personales al respecto.

Don Bosco, profundo conocedor del alma juvenil, para inducir a todos los jóvenes al arrepentimiento sincero, utilizaba el amor y la gratitud hacia Dios, presentado en su infinita bondad, generosidad y misericordia. En cambio, para sacudir los corazones más fríos y endurecidos, describe los posibles castigos del pecado e impresiona saludablemente sus mentes con vívidas descripciones del juicio divino y del Infierno. Pero incluso en estos casos, no satisfecho con llevar a los muchachos al dolor por sus pecados, intenta hacerles ver la necesidad de la misericordia divina, una disposición importante para anticipar su perdón incluso antes de la confesión sacramental. Don Bosco, como de costumbre, no entra en disquisiciones doctrinales, sólo le interesa una confesión sincera, que cure terapéuticamente la herida del pasado, recomponga el tejido espiritual del presente para un futuro de "vida de gracia".

Don Bosco cree en el pecado, cree en el pecado grave, cree en el infierno y de su existencia habla a lectores y oyentes. Pero también está convencido de que Dios es misericordia en persona, por eso ha dado al hombre el sacramento de la Reconciliación. Pues, aquí insiste en las condiciones para recibirlo bien, y sobre todo en el confesor como "padre" y "médico" y no tanto como "doctor y juez": "El confesor sabe que sigue siendo más grande que tus faltas la misericordia de Dios que te concede el perdón con su intervención" ([Referencia biográfica sobre el jovencito Magone Miguel](#), pp. 24-25).

Según las memorias salesianas, a menudo sugería a sus jóvenes que invocaran la misericordia divina, que no se

desanimaran después de pecar, sino que volvieran a confesarse sin miedo, confiando en la bondad del Señor y tomando luego firmes resoluciones para el bien.

Como “educador en el campo de la juventud”, Don Bosco sentía la necesidad de insistir menos en el *ex opere operato* y más en el *ex opere operantis*, es decir, en las disposiciones del penitente. En Valdocco todos se sentían invitados a hacer una buena confesión, todos sentían el riesgo de las malas confesiones y la importancia de hacer una buena confesión; muchos de ellos sintieron entonces que vivían en una tierra bendecida por el Señor. No en vano, la misericordia divina había hecho que un joven difunto se despertara después de que se hubieran expuesto las cortinas del funeral para que pudiera confesar (a Don Bosco) sus pecados.

En resumen, el sacramento de la confesión, bien explicado en sus características específicas y celebrado con frecuencia, fue quizá el medio más eficaz por el que el santo piamontés llevó a sus jóvenes a confiar en la inmensa misericordia de Dios.

La Comunión

Mas también la Comunión, el segundo pilar de la pedagogía religiosa de Don Bosco, servirá a este objetivo.

Don Bosco es ciertamente uno de los mayores promotores de la práctica sacramental de la Comunión frecuente. Su doctrina, inspirada en el pensamiento de la contrarreforma, daba más importancia a la Comunión que a la celebración litúrgica de la Eucaristía, aunque en su frecuencia allí había estado una evolución. En los primeros veinte años de su vida sacerdotal, en la huella de San Alfonso, pero también en la del Concilio de Trento y antes aún en la de Tertuliano y San Agustín, propuso la Comunión semanal, o varias veces por semana o incluso diaria según la perfección de las disposiciones correspondientes a las gracias del sacramento. Domingo Savio, en Valdocco había empezado a confesarse y comulgar a cada quince días, pasó luego a hacerlo cada semana, después tres veces por semana y finalmente, tras

un año de intenso crecimiento espiritual, todos los días, obviamente siempre siguiendo el consejo de su confesor, el propio Don Bosco.

Más tarde, en la segunda mitad de los años sesenta, Don Bosco, basándose en sus experiencias pedagógicas y en una fuerte corriente teológica a favor de la Comunión frecuente, que tenía como líderes al obispo francés de Ségur y al prior de Génova Fr. Giuseppe Frassinetti, pasó a invitar a sus jóvenes a comulgar más a menudo, convencido de que permitía dar pasos decisivos en la vida espiritual y favorecía su crecimiento en el amor a Dios. Y en caso de imposibilidad de la Comunión sacramental diaria, sugería la Comunión espiritual, tal vez durante una visita al Santísimo Sacramento, tan apreciada por san Alfonso. Sin embargo, lo importante era mantener la conciencia en estado de poder comulgar todos los días: la decisión correspondía en cierto modo al confesor.

Para Don Bosco, toda Comunión recibida dignamente –ayuno prescrito, estado de gracia, voluntad de desprenderse del pecado, una hermosa acción de gracias posterior- anula las faltas cotidianas, fortalece el alma para evitarlas en el futuro, aumenta la confianza en Dios y en su infinita bondad y misericordia; además es fuente de gracia para triunfar en la escuela y en la vida, es ayuda para soportar los sufrimientos y superar las tentaciones.

Don Bosco cree que la Comunión es una necesidad para que los “buenos” se mantengan como tales y para que los “malos” se conviertan en “buenos”. Es para los que quieren hacerse santos, no para los santos, como la medicina se da a los enfermos. Obviamente, sabe que la asistencia por sí sola no es un indicio seguro de bondad, ya que hay quienes la reciben muy tibiamente y por costumbre, sobre todo porque la propia superficialidad de los jóvenes no les permite a menudo comprender toda la importancia de lo que hacen.

Con la Comunión, pues, se pueden implorar del Señor gracias particulares para uno mismo y para los demás. Las cartas de Don Bosco están llenas de peticiones a sus

jóvenes para que recen y comulguen según su intención, para que el Señor le conceda buen éxito en los “asuntos” de cada orden en los que se encuentra inmerso. Y lo mismo hacía con todos sus corresponsales, a los que invitaba a acercarse a este sacramento para obtener las gracias solicitadas, mientras que él hacía lo propio en la celebración de la Santa Misa.

Don Bosco se preocupaba mucho de que sus muchachos crecieran alimentados por los sacramentos, pero también quería el máximo respeto a su libertad. Y dejó instrucciones precisas a sus educadores en su tratado sobre el Sistema Preventivo: “Nunca obliguéis a los jóvenes a asistir a los santos sacramentos, sino sólo animadles y dadles el consuelo de aprovecharlos”.

Al mismo tiempo, sin embargo, se mantuvo firme en su convicción de que los sacramentos son de suma importancia. Escribió perentoriamente: “Digan lo que quieran sobre los diversos sistemas de educación, pero no encuentro ninguna base segura salvo en la frecuencia de la Confesión y la Comunión” ([El pastorcito de los Alpes, o sea vida del joven Besucco Francisci d'Argentera](#), 1864. p. 100).

Una paternidad y una misericordia hecha persona

La misericordia de Dios, actuante sobre todo en el momento de los sacramentos de la Confesión y la Comunión, encontraba entonces su expresión externa no sólo en un Don Bosco “padre confesor”, sino también “padre, hermano, amigo” de los jóvenes en la vida cotidiana ordinaria. Con cierta exageración podría decirse que su confianza con Don Bosco era tal que muchos de ellos apenas distinguían entre Don Bosco “confesor” y Don Bosco “amigo” y “hermano”; otros podían a veces intercambiar la acusación sacramental con las efusiones sinceras de un hijo hacia su padre; por otra parte, el conocimiento que Don Bosco tenía de los jóvenes era tal que con preguntas sobrias les inspiraba una confianza extrema y no pocas veces sabía hacer la acusación en su lugar.

La figura de Dios padre, misericordioso y providente, que a lo largo de la historia ha mostrado su

bondad desde Adán hacia los hombres, justos o pecadores, pero todos necesitados de ayuda y objeto de cuidados paternales, y en cualquier caso todos llamados a la salvación en Jesucristo, se modula y refleja así en la bondad de Don Bosco “Padre de sus jóvenes”, que sólo quiere su bien, que no los abandona, siempre dispuesto a comprenderlos, compadecerlos, perdonarlos. Para muchos de ellos, huérfanos, pobres y abandonados, acostumbrados desde muy pequeños al duro trabajo diario, objeto de modestísimas manifestaciones de ternura, hijos de una época en la que lo que imperaba era la sumisión decidida y la obediencia absoluta a cualquier autoridad constituida, Don Bosco fue quizás la caricia jamás experimentada por un padre, la “ternura” de la que habla el Papa Francisco.

Conmueve todavía su carta a los jóvenes de la casa de Mirabello a finales de 1864: “Aquellas voces, aquellos vítores, aquel besarse y darse la mano, aquella sonrisa cordial, aquel hablarse del alma, aquel animarse recíprocamente a hacer el bien, son cosas que embalsaman mi corazón, y por eso no puedo pensar sin conmoverme hasta las lágrimas. Les diré [...] que sois la pupila de mis ojos” (Epistolario II editado por F. Motto II, car. n. 792).

Aún más conmovedora es su carta a los jóvenes de Lanzo del 3 de enero de 1876: “Permitidme que os diga, y que nadie se ofenda, que sois todos unos ladrones; lo digo y lo repito, me lo habéis quitado todo. Cuando estaba en Lanzo, me hechizasteis con vuestra benevolencia y cariñosa bondad, ligasteis las facultades de mi mente con vuestra piedad; aún me quedaba este pobre corazón, cuyos afectos ya me habíais robado por completo. Ahora vuestra carta marcada por 200 manos amistosas y queridísimas se ha apoderado de todo este corazón, al que no le queda más que un vivo deseo de amarlos en el Señor, de hacerles el bien y de salvar las almas de todos” (Epistolario III, car. n. 1389).

La bondad amorosa con la que trataba y quería que los salesianos trataran a los muchachos tenía un fundamento divino. Lo afirmaba citando una expresión de San Pablo: “La caridad es benigna y paciente; todo lo sufre, todo lo espera y

todo lo soporta”.

La amabilidad era, por tanto, un signo de misericordia y de amor divino que escapaba al sentimentalismo y a las formas de sensualidad por la caridad teológica que era su fuente. Don Bosco comunicaba este amor a muchachos particulares y también a grupos de ellos: “Que os tengo mucho afecto, no necesito decíroslo, os he dado pruebas claras de ello. Que vosotros también me amáis, no necesito decirlo, porque me lo habéis demostrado constantemente. Pero, ¿en qué se fundamenta este afecto mutuo nuestro? [...] Así pues, el bien de nuestras almas es el fundamento de nuestro afecto” (Epistolario II, car. n. 1148). El amor a Dios, el *primum* teológico, es, por tanto, el fundamento del *primum* pedagógico.

La amabilidad era también la traducción del amor divino en amor verdaderamente humano, hecho de sensibilidad correcta, cordialidad amable, afecto benévolo y paciente tendente a la comunión profunda del corazón. En definitiva, ese amor efectivo y afectivo que se experimenta de forma privilegiada en la relación entre el educando y el educador, cuando gestos de amistad y de perdón por parte del educador inducen al joven, en virtud del amor que guía al educador, a abrirse a la confianza, a sentirse apoyado en su esfuerzo por superarse y comprometerse, a dar su consentimiento y a adherirse en profundidad a los valores que el educador vive personalmente y le propone. El joven comprende que esta relación le reconstruye y reestructura como hombre. La empresa más ardua del Sistema Preventivo es precisamente la de ganarse el corazón del joven, de gozar de su estima, de su confianza, de hacer de él un amigo. Si el joven no ama al educador, éste puede hacer muy poco del joven y por el joven.

Las obras de misericordia

Podríamos continuar ahora con las obras de misericordia, que el catecismo distingue entre obras corporales y espirituales, estableciendo dos grupos de siete. No sería difícil documentar cómo Don Bosco vivió, practicó y

alentó la práctica de estas obras de misericordia y cómo con su “ser y obrar” constituyó de hecho un signo y un testimonio visible, con obras y palabras, del amor de Dios por los hombres. Por los límites de espacio, nos limitamos a indicar las posibilidades de investigación. Por cierto, se afirma que hoy parecen abandonadas también por la falsa oposición entre misericordia y justicia, como si la misericordia no fuera una forma típica de expresar aquel amor que, en cuanto tal, nunca puede contradecir a la justicia.

¡Santa Pascua de Resurrección 2025!

«Pedro, no obstante, se levantó y corrió al sepulcro. Inclínándose, vio solo los lienzos y regresó, lleno de asombro por lo sucedido.» (Lc 24, 12)

Para contemplar al Señor Resucitado no bastan nuestros ojos humanos, se necesita la luz de la fe. Que esta fe, iluminada y fortalecida por la alegría de la Resurrección que celebramos en esta Santa Pascua 2025, guíe siempre vuestro camino en la vida terrena hacia la patria del Cielo.

¡Cristo ha resucitado!

Don Elia Comini: sacerdote

mártir en Monte Sole

El 18 de diciembre de 2024, el Papa Francisco reconoció oficialmente el martirio de don Elia Comini (1910-1944), Salesiano de Don Bosco, quien será beatificado. Su nombre se suma al de otros sacerdotes—como don Giovanni Fornasini, ya Beato desde 2021—que fueron víctimas de las feroces violencias nazis en el área de Monte Sole, en las colinas de Bolonia, durante la Segunda Guerra Mundial. La beatificación de don Elia Comini no es solo un acontecimiento de extraordinaria relevancia para la Iglesia bolonesa y la Familia Salesiana, sino que también constituye una invitación universal a redescubrir el valor del testimonio cristiano: un testimonio en el que la caridad, la justicia y la compasión prevalecen sobre toda forma de violencia y odio.

De los Apennino a los patios salesianos

Don Elia Comini nace el 7 de mayo de 1910 en la localidad “Madonna del Bosco” de Calvenzano de Vergato, en la provincia de Bolonia. Su casa natal está contigua a un pequeño santuario mariano, dedicado a la “Madonna del Bosco”, y esta fuerte impronta en el signo de María lo acompañará toda la vida.

Es el segundo hijo de Claudio y Emma Limoni, quienes se casaron, en la iglesia parroquial de Salvaro, el 11 de febrero de 1907. Al año siguiente nació el primogénito Amleto. Dos años más tarde, Elia vino al mundo. Bautizado al día siguiente de su nacimiento – 8 de mayo – en la parroquia Sant’Apollinare de Calvenzano, Elia recibe ese día también los nombres de “Michele” y “Giuseppe”.

Cuando tiene siete años, la familia se traslada a la localidad “Casetta” de Pioppe de Salvaro en el municipio de Grizzana. En 1916, Elia comienza la escuela: asiste a las tres primeras clases de primaria en Calvenzano. En ese período también recibe la Primera Comunión. Aún pequeño, se muestra muy involucrado en el catecismo y en las celebraciones

litúrgicas. Recibe la Confirmación el 29 de julio de 1917. Entre 1919 y 1922, Elia aprende los primeros elementos de pastoral en la "escuela de fuego" de Mons. Fidenzio Mellini, quien de joven había conocido a don Bosco, quien le había profetizado el sacerdocio. En 1923, don Mellini orienta tanto a Elia como a su hermano Amleto hacia los Salesianos de Finale Emilia, y ambos aprovecharán el carisma pedagógico del santo de los jóvenes: Amleto como docente y "emprendedor" en el ámbito escolar; Elia como Salesiano de Don Bosco.

Noviado desde el 1 de octubre de 1925 en San Lázaro de Savena, Elia Comini queda huérfano de padre el 14 de septiembre de 1926, a pocos días (3 de octubre de 1926) de su Primera Profesión religiosa, que renovará hasta la Perpetua, el 8 de mayo de 1931 en el aniversario de su bautismo, en el Instituto "San Bernardino" de Chiari. En Chiari será además "tirocinante" en el Instituto Salesiano "Rota". Recibe el 23 de diciembre de 1933 los órdenes menores del ostiariado y del lectorado; del exorcistado y del acolitado el 22 de febrero de 1934. Es subdiácono el 22 de septiembre de 1934. Ordenado diácono en la catedral de Brescia el 22 de diciembre de 1934, don Elia es consagrado sacerdote por la imposición de manos del Obispo de Brescia Mons. Giacinto Tredici el 16 de marzo de 1935, con solo 24 años: al día siguiente celebra la Primera Misa en el Instituto salesiano "San Bernardino" de Chiari. El 28 de julio de 1935 celebrará con una Misa en Salvaro.

Inscrito en la facultad de Letras Clásicas y Filosofía de la entonces Real Universidad de Milán, es muy querido por los alumnos, ya como docentes, ya como padre y guía en el Espíritu: su carácter, serio sin rigidez, le vale estima y confianza. Don Elia es también un fino músico y humanista, que aprecia y sabe hacer apreciar las "cosas bellas". En los trabajos escritos, muchos estudiantes, además de desarrollar el tema, encuentran natural abrirle a don Elia su propio corazón, proporcionándole así la ocasión para acompañarlos y orientarlos. De don Elia "Salesiano" se dirá que era como la gallina con los pollitos alrededor («Se leía en su rostro toda la felicidad de escucharlo: parecían una

camada de pollitos alrededor de la gallina»): todos cerca de él! Esta imagen evoca la de Mt 23,37 y expresa su actitud de reunir a las personas para alegrarlas y cuidarlas.

Don Elia se gradúa el 17 de noviembre de 1939 en Letras Clásicas con una tesis sobre el *De resurrectione carnis* de Tertuliano, con el profesor Luigi Castiglioni (latinista de fama y coautor de un célebre diccionario de latín, el "Castiglioni-Mariotti"): al detenerse en las palabras *«resurget igitur caro»*, Elia comenta que se trata del canto de victoria después de una larga y extenuante batalla.

Un viaje sin retorno

Cuando el hermano Amleto se traslada a Suiza, la madre – señora Emma Limoni – queda sola en Apeninos: por lo tanto, don Elia, en plena sintonía con los Superiores, le dedicará cada año sus vacaciones. Cuando regresaba a casa ayudaba a la madre, pero – sacerdote – se mostraba ante todo disponible en la pastoral local, apoyando a Mons. Mellini.

De acuerdo con los Superiores y en particular con el Inspector, don Francesco Rastello, don Elia regresa a Salvaro también en el verano de 1944: ese año espera poder evacuar a su madre de una zona donde, a poca distancia, fuerzas Aliadas, Partisanos y efectivos nazi-fascistas definían una situación de particular riesgo. Don Elia es consciente del peligro que corre al dejar su Treviglio para ir a Salvaro y un hermano, don Giuseppe Bertolli sdb, recuerda: *«al despedirlo le dije que un viaje como el suyo podría también ser sin retorno; le pregunté también, naturalmente bromeando, qué me dejaría si no regresaba; él me respondió con mi mismo tono, que me dejaría sus libros...; luego no lo volví a ver»*. Don Elia ya era consciente de dirigirse hacia "el ojo del ciclón" y no buscó en la casa Salesiana (donde fácilmente podría haber permanecido) una forma de protección: *«El último recuerdo que tengo de él data del verano de 1944, cuando, con motivo de la guerra, la Comunidad comenzó a disolverse; aún siento mis palabras que se dirigían a él con un tono casi de broma, recordándole que él, en esos oscuros períodos que*

estábamos a punto de enfrentar, debería sentirse privilegiado, ya que en el techo del Instituto se había trazado una cruz blanca y nadie tendría el valor de bombardearlo. Sin embargo, él, como un profeta, me respondió que tuviera mucho cuidado porque durante las vacaciones podría leer en los periódicos que Don Elia Comini había muerto heroicamente en el cumplimiento de su deber». «La impresión del peligro al que se exponía era viva en todos», ha comentado un hermano.

A lo largo del viaje hacia Salvaro, don Comini hace una parada en Módena, donde sufre una grave herida en una pierna: según una reconstrucción, al interponerse entre un vehículo y un transeúnte, evitando así un accidente más grave; según otra, por haber ayudado a un señor a empujar un carrito. De todos modos, por haber socorrido al prójimo. Dietrich Bonhoeffer escribió: *«Cuando un loco lanza su auto sobre la acera, yo no puedo, como pastor, contentarme con enterrar a los muertos y consolar a las familias. Debo, si me encuentro en ese lugar, saltar y agarrar al conductor en su volante».*

El episodio de Módena expresa, en este sentido, una actitud de don Elia que en Salvaro, en los meses siguientes, se manifestaría aún más: interponerse, mediar, acudir en primera persona, exponer su vida por los hermanos, siempre consciente del riesgo que ello conlleva y serenamente dispuesto a pagar las consecuencias.

Un pastor en el frente de guerra

Cojeando, llega a Salvaro al atardecer del 24 de junio de 1944, apoyándose como puede en un bastón: ¡un instrumento inusual para un joven de 34 años! Encuentra la casa parroquial transformada: Mons. Mellini alberga a decenas de personas, pertenecientes a núcleos familiares de evacuados; además, las 5 hermanas Esclavas del Sagrado Corazón, responsables de la guardería, entre ellas la hermana Alberta Taccini. Anciano, cansado y sacudido por los eventos bélicos, en ese verano Mons. Fidenzio Mellini tiene dificultades para decidir, se ha vuelto más frágil e incierto. Don Elia, que lo

conoce desde niño, comienza a ayudarlo en todo y toma un poco el control de la situación. La herida en la pierna le impide además evacuar a su madre: don Elia permanece en Salvaro y, cuando puede volver a caminar bien, las circunstancias cambiantes y las crecientes necesidades pastorales harán que se quede.

Don Elia anima la pastoral, sigue el catecismo, se ocupa de los huérfanos abandonados a sí mismos. Además, acoge a los evacuados, anima a los temerosos, modera a los imprudentes. La presencia de don Elia se convierte en un elemento aglutinador, un signo bueno en esos dramáticos momentos donde las relaciones humanas son desgarradas por sospechas y oposiciones. Pone al servicio de tanta gente las capacidades organizativas y la inteligencia práctica adquiridas en años de vida salesiana. Escribe a su hermano Amleto: *«Ciertamente son momentos dramáticos, y peores se presagian. Esperamos todo en la gracia de Dios y en la protección de la Madonna, que debéis invocar vosotros por nosotros. Espero poder haceros llegar aún nuestras noticias»*.

Los alemanes de la Wehrmacht vigilan la zona y, en las alturas, está la brigada partisana "Estrella Roja". Don Elia Comini permanece una figura ajena a reivindicaciones o partidarismos de ningún tipo: es un sacerdote y hace valer instancias de prudencia y pacificación. A los partisanos les decía: *«Muchachos, miren lo que hacen, porque arruinan a la población...»*, exponiéndola a represalias. Ellos lo respetan y, en julio y septiembre de 1944, pedirán Misas en la parroquia de Salvaro. Don Elia acepta, haciendo descender a los partisanos y celebrando sin esconderse, evitando en cambio subir él a la zona partisana y prefiriendo – como siempre hará ese verano – quedarse en Salvaro o en zonas limítrofes, sin esconderse ni deslizarse en actitudes "ambiguas" a los ojos de los nazi-fascistas.

El 27 de julio, don Elia Comini escribe las últimas líneas de su *Diario espiritual*: *«27 de julio: me*

encuentro justo en medio de la guerra. Tengo nostalgia de mis hermanos y de mi casa en Treviglio; si pudiera, regresaría mañana».

Desde el 20 de julio, compartía una fraternidad sacerdotal con el padre Martino Capelli, Dehoniano, nacido el 20 de septiembre de 1912 en Nembro en la provincia de Bérgamo y ya docente de Sagrada Escritura en Bolonia, también él huésped de Mons. Mellini y ayudando en la pastoral.

Elia y Martino son dos estudiosos de lenguas antiguas que ahora deben ocuparse de las cosas más prácticas y materiales. La casa parroquial de Mons. Mellini se convierte en lo que Mons. Luciano Gherardi luego llamará «la comunidad del arca», un lugar que acoge para salvar. El padre Martino era un religioso que se había entusiasmado al escuchar hablar de los mártires mexicanos y habría deseado ser misionero en China. Elia, desde joven, es perseguido por una extraña conciencia de “deber morir” y ya a los 17 años había escrito: *«Siempre persiste en mí el pensamiento de que debo morir! – ¿Quién sabe?! Hagamos como el siervo fiel: siempre preparado para el llamado, a “reddere rationem” de la gestión».*

El 24 de julio, don Elia inicia el catecismo para los niños en preparación a las primeras Comuniones, programadas para el 30 de julio. El 25, nace una niña en el baptisterio (todos los espacios, desde la sacristía hasta el gallinero, estaban abarrotados) y se cuelga un lazo rosa.

Durante todo el mes de agosto de 1944, soldados de la Wehrmacht se estacionan en la casa parroquial de Mons. Mellini y en el espacio frente a ella. Entre alemanes, evacuados, consagrados... la tensión podría estallar en cualquier momento: don Elia media y previene también en pequeñas cosas, por ejemplo, actuando como “amortiguador” entre el volumen demasiado alto de la radio de los alemanes y la paciencia ya demasiado corta de Mons. Mellini. También hubo un poco de Rosario todos juntos. Don Angelo Carboni confirma: *«Con la intención siempre de confortar a Monseñor, D. Elia se esforzó mucho contra la resistencia de una compañía de alemanes que, estableciéndose en Salvaro el 1 de agosto,*

quería ocupar varios ambientes de la casa parroquial, quitando toda libertad y comodidad a los familiares y evacuados allí hospedados. Acomodados los alemanes en el archivo de Monseñor, aquí están de nuevo perturbando, ocupando con sus carros buena parte del patio de la Iglesia; con modos aún más amables y persuasivas palabras, D. Elia logró también esta otra liberación en favor de Monseñor, que la opresión de la lucha había obligado a descansar». En esas semanas, el sacerdote salesiano es firme en proteger el derecho de Mons. Mellini a moverse con cierta comodidad en su propia casa – así como el de los evacuados a no ser alejados de la casa parroquial –: sin embargo, reconoce algunas necesidades de los hombres de la Wehrmacht y eso le atrae la benevolencia hacia Mons. Mellini, que los soldados alemanes aprenderán a llamar el buen pastor. De los alemanes, don Elia obtiene comida para los evacuados. Además, canta para calmar a los niños y cuenta episodios de la vida de don Bosco. En un verano marcado por asesinatos y represalias, con don Elia algunos civiles logran incluso ir a escuchar un poco de música, evidentemente difundida por el aparato de los alemanes, y comunicarse con los soldados a través de breves gestos. Don Rino Germani sdb, Vicepostulador de la Causa, afirma: «Entre las dos fuerzas en lucha se inserta la obra incansable y mediadora del Siervo de Dios. Cuando es necesario se presenta al Comando alemán y con educación y preparación logra conquistar la estima de algún oficial. Así muchas veces logra evitar represalias, saqueos y lutos».

Liberada la casa parroquial de la presencia fija de la Wehrmacht el 1 de septiembre de 1944 – *«El 1 de septiembre los alemanes dejaron libre la zona de Salvaro, solo algunos permanecieron por unos días más en la casa Fabbri»* – la vida en Salvaro puede respirar un alivio. Don Elia Comini persevera mientras tanto en las iniciativas de apostolado, ayudado por los otros sacerdotes y las hermanas.

Mientras tanto, el padre Martino acepta algunas invitaciones a predicar en otros lugares y sube a la montaña,

donde su cabello claro le causa un gran problema con los partisanos que lo sospechan alemán, don Elia permanece sustancialmente en Salvaro. El 8 de septiembre escribe al director salesiano de la Casa de Treviglio: *«Te dejo imaginar nuestro estado de ánimo en estos momentos. Hemos atravesado días negrísimos y dramáticos. [...] Mi pensamiento está siempre contigo y con los queridos hermanos de allí. Siento vivísima la nostalgia [...]»*.

Desde el 11 predica los Ejercicios a las Hermanas sobre el tema de los Novísimos, de los votos religiosos y de la vida del Señor Jesús.

Toda la población – declaró una mujer consagrada – amaba a Don Elia, también porque él no dudaba en entregarse a todos, en cada momento; no solo pedía a las personas que rezaran, sino que les ofrecía un ejemplo válido con su piedad y ese poco de apostolado que, dada la circunstancia, era posible ejercer.

La experiencia de los Ejercicios imprime un dinamismo diferente a toda la semana, y involucra transversalmente a consagrados y laicos. Por la noche, de hecho, don Elia reúne a 80-90 personas: se intentaba suavizar la tensión con un poco de alegría, buenos ejemplos, caridad. En esos meses tanto él como el padre Martino, al igual que otros sacerdotes: primero entre todos don Giovanni Fornasini, estaban en primera línea en muchas obras de bien.

La masacre de Montesole

La matanza más feroz y más grande llevada a cabo por las SS nazis en Europa, durante la guerra de 1939-45, fue la que se consumó alrededor de Monte Sole, en los territorios de Marzabotto, Grizzana Morandi y Monzuno, aunque comúnmente se conoce como la “masacre de Marzabotto”.

Entre el 29 de septiembre y el 5 de octubre de 1944, los caídos fueron 770, pero en total las víctimas de alemanes y fascistas, desde la primavera de 1944 hasta la liberación, fueron 955, distribuidas en 115 localidades

diferentes dentro de un vasto territorio que comprende los municipios de Marzabotto, Grizzana y Monzuno y algunas porciones de los territorios limítrofes. De estos, 216 fueron niños, 316 mujeres, 142 ancianos, 138 víctimas reconocidas como partisanos, cinco sacerdotes, cuya culpa a los ojos de los alemanes consistía en haber estado cerca, con la oración y la ayuda material, a toda la población de Monte Sole en los trágicos meses de guerra y ocupación militar. Junto a don Elia Comini, Salesiano, y al padre Martino Capelli, Dehoniano, en esos trágicos días también fueron asesinados tres sacerdotes de la Arquidiócesis de Bolonia: don Ubaldo Marchioni, don Ferdinando Casagrande, don Giovanni Fornasini. De los cinco está en curso la Causa de Beatificación y Canonización. Don Giovanni, el "Ángel de Marzabotto", cayó el 13 de octubre de 1944. Tenía veintinueve años y su cuerpo permaneció sin sepultar hasta 1945, cuando fue encontrado gravemente martirizado; fue beatificado el 26 de septiembre de 2021. Don Ubaldo murió el 29 de septiembre, asesinado por una ráfaga de ametralladora en el altar de su iglesia de Casaglia; tenía 26 años, había sido ordenado sacerdote dos años antes. Los soldados alemanes lo encontraron a él y a la comunidad en la oración del rosario. Él fue asesinado allí, a los pies del altar. Los otros – más de 70 – en el cementerio cercano. Don Ferdinando fue asesinado, el 9 de octubre, por un disparo en la nuca, junto a su hermana Giulia; tenía 26 años.

De la Wehrmacht a las SS

El 25 de septiembre la Wehrmacht abandona la zona y cede el mando a las SS del 16º Batallón de la Decimosexta División Acorazada "Reichsführer – SS", una División que incluye elementos SS "Totenkopf – Cabeza de muerto" y que había estado precedida por una estela de sangre, habiendo estado presente en Sant'Anna di Stazzema (Lucca) el 12 de agosto de 1944; en San Terenzo Monti (Massa-Carrara, en Lunigiana) el 17 de ese mes; en Vinca y alrededores (Massa-Carrara, en Lunigiana a los pies de los Alpes Apuanos) del 24 al 27 de agosto.

El 25 de septiembre las SS establecen el “Alto mando” en Sibano. El 26 de septiembre se trasladan a Salvaro, donde también está don Elia: zona *fuera* del área de inmediata influencia partisana. La dureza de los comandantes en perseguir el más total desprecio por la vida humana, la costumbre de mentir sobre el destino de los civiles y la estructura paramilitar – que recurría gustosamente a técnicas de “tierra quemada”, en desprecio a cualquier código de guerra o legitimidad de órdenes impartidas desde arriba – lo convertía en un escuadrón de la muerte que no dejaba nada intacto a su paso. Algunos habían recibido una formación de carácter explícitamente concentracionista y eliminacionista, destinada a: supresión de la vida, con fines ideológicos; odio hacia quienes profesaban la fe judeocristiana; desprecio por los pequeños, los pobres, los ancianos y los débiles; persecución de quienes se opusieran a las aberraciones del nacionalsocialismo. Había un verdadero catecismo – anticristiano y anticatólico – del cual las jóvenes SS estaban impregnadas.

«Cuando se piensa que la juventud nazi estaba formada en el desprecio de la personalidad humana de los judíos y de las otras razas “no elegidas”, en el culto fanático de una supuesta superioridad nacional absoluta, en el mito de la violencia creadora y de las “nuevas armas” portadoras de justicia en el mundo, se comprende dónde estaban las raíces de las aberraciones, facilitadas por la atmósfera de guerra y por el temor a una decepcionante derrota».

Don Elia Comini – con el padre Capelli – acude para confortar, tranquilizar, exhortar. Decide que se acojan en la casa parroquial sobre todo a los supervivientes de las familias en las que los alemanes habían asesinado por represalia. Al hacerlo, aleja a los sobrevivientes del peligro de encontrar la muerte poco después, pero sobre todo los arranca – al menos en la medida de lo posible – de esa espiral de soledad, desesperación y pérdida de voluntad de vivir que podría haberse traducido incluso en deseo de muerte. Además, logra hablar con los alemanes y, en al menos una ocasión,

hacer desistir a las SS de su propósito, haciéndolas pasar de largo y pudiendo así advertir posteriormente a los refugiados de salir del escondite.

El Vicepostulador don Rino Germani sdb escribía: *«Llega don Elia. Los tranquiliza. Les dice que salgan, porque los alemanes se han ido. Habla con los alemanes y los hace ir más allá».*

También es asesinado Paolo Calanchi, un hombre a quien la conciencia no le reprocha nada y que comete el error de no escapar. Será nuevamente don Elia quien acuda, antes de que las llamas agredan su cuerpo, intentando al menos honrar sus restos al no haber llegado a tiempo para salvarle la vida: *«El cuerpo de Paolino es salvado de las llamas precisamente por don Elia que, a riesgo de su vida, lo recoge y transporta con un carrito a la Iglesia de Salvaro».*

La hija de Paolo Calanchi ha testificado: *«Mi padre era un hombre bueno y honesto [“en tiempos de cartilla de racionamiento y de hambruna daba pan a quien no tenía”] y había rechazado escapar sintiéndose tranquilo hacia todos. Fue asesinado por los alemanes, fusilado, en represalia; más tarde también fue incendiada la casa, pero el cuerpo de mi padre había sido salvado de las llamas precisamente por Don Comini, que, a riesgo de su propia vida, lo había recogido y transportado con un carrito a la Iglesia de Salvaro, donde, en un ataúd que él construyó con tablas de desecho, fue inhumado en el cementerio. Así, gracias al coraje de Don Comini y, muy probablemente, también de Padre Martino, terminada la guerra, mi madre y yo pudimos encontrar y hacer transportar el ataúd de nuestro querido al cementerio de Vergato, junto al de mi hermano Gianluigi, que murió 40 días después al cruzar el frente».*

Una vez don Elia había dicho de la Wehrmacht: *«Debemos amar también a estos alemanes que vienen a molestarnos».* *«Amaba a todos sin preferencia».* El ministerio de don Elia fue muy valioso para Salvaro y muchos evacuados, en esos días. Testigos han declarado: *«Don Elia fue nuestra fortuna porque teníamos al párroco demasiado anciano y débil.*

Toda la población sabía que Don Elia tenía este interés por nosotros; Don Elia ayudó a todos. Se puede decir que todos los días lo veíamos. Decía la Misa, pero luego a menudo estaba en el atrio de la iglesia mirando: los alemanes estaban abajo, hacia el Reno; los partisanos venían de la montaña, hacia la Creda. Una vez, por ejemplo, (unos días antes del 26) vinieron los partisanos. Nosotros salíamos de la iglesia de Salvaro y allí estaban los partisanos, todos armados; y Don Elia se preocupaba mucho de que se fueran, para evitar problemas. Lo escucharon y se fueron. Probablemente, si no hubiera estado él, lo que sucedió después, habría ocurrido mucho antes»; «Por lo que sé, Don Elia era el alma de la situación, ya que con su personalidad sabía manejar muchas cosas que en esos momentos dramáticos eran de vital importancia».

Aunque era un sacerdote joven, don Elia Comini era confiable. Esta su confiabilidad, unida a una profunda rectitud, lo acompañaba desde siempre, incluso desde que era seminarista, como resulta de un testimonio: **«Lo tuve cuatro años en el Rota, desde 1931 hasta 1935, y, aunque aún era seminarista, me dio una ayuda que difícilmente habría encontrado en otro hermano, incluso anciano».**

El triduo de pasión

La situación, sin embargo, se precipita después de pocos días, el 29 de septiembre por la mañana cuando las SS cometen una terrible masacre en la localidad "Creda". La señal para el inicio de la masacre son un cohete blanco y uno rojo en el aire: comienzan a disparar, las ametralladoras golpean a las víctimas, atrincheradas contra un pórtico y prácticamente sin salida. Se lanzan entonces granadas de mano, algunas incendiarias y el establo – donde algunos habían logrado encontrar refugio – se incendia. Pocos hombres, aprovechando un instante de distracción de las SS en ese infierno, se precipitan hacia el bosque. Attilio Comastri, herido, se salva porque el cuerpo yerto de su esposa Ines Gandolfi le ha hecho escudo: vagará durante días, en estado de shock, hasta que

logre cruzar el frente y salvar su vida; había perdido, además de a su esposa, a su hermana Marcellina y a su hija Bianca, de apenas dos años. También Carlo Cardi logra salvarse, pero su familia es aniquilada: Walter Cardi tenía solo 14 días, fue la más pequeña víctima de la masacre de Monte Sole. Mario Lippi, uno de los sobrevivientes, atestigua: *«No sé yo mismo cómo me salvé milagrosamente, dado que, de 82 personas reunidas bajo el pórtico, quedaron asesinadas 70 [69, según la reconstrucción oficial]. Recuerdo que además del fuego de las ametralladoras, los alemanes también nos lanzaron granadas de mano y creo que algunas esquirlas de estas me hirieron levemente en el costado derecho, en la espalda y en el brazo derecho. Yo, junto con otras siete personas, aprovechando que en [un] lado del pórtico había una puertita que daba a la calle, escapé hacia el bosque. Los alemanes, al vernos huir, nos dispararon, matando a uno de nosotros [de] nombre Gandolfi Emilio. Preciso que entre las 82 personas reunidas bajo el mencionado pórtico había también una veintena de niños, de los cuales dos en pañales, en brazos de sus respectivas madres, y una veintena de mujeres».*

En la Creda hay 21 niños menores de 11 años, algunos muy pequeños; 24 mujeres (de las cuales una adolescente); casi 20 “ancianos”. Entre las familias más afectadas están los Cardi (7 personas), los Gandolfi (9 personas), los Lolli (5 personas), los Macchelli (6 personas).

Desde la casa parroquial de Mons. Mellini, mirando hacia arriba, en un momento se ve el humo: pero es muy temprano, la Creda permanece oculta a la vista y el bosque amortigua los ruidos. En la parroquia ese día – 29 de septiembre, fiesta de los Santos Arcángeles – se celebran tres Misas, por la mañana temprano, en inmediata sucesión: la de Mons. Mellini; la de padre Capelli que luego se va a llevar una Unción de los Enfermos en la localidad “Casellina”; la de don Comini. Y es entonces cuando el drama llama a la puerta: *«Ferdinando Castori, que también había escapado de la masacre, llegó a la iglesia de Salvaro manchado de sangre como un carnicero, y se fue a esconder dentro de la cúspide del*

Campanario». Hacia las 8 llega a la casa parroquial un hombre desconcertado: parecía «*un monstruo por su aspecto aterrador*», dice la hermana Alberta Taccini. Pide ayuda para los heridos. Una setentena de personas ha muerto o está muriendo entre terribles suplicios. Don Elia, en pocos instantes, tiene la lucidez de esconder a 60/70 hombres en la sacristía, empujando contra la puerta un viejo armario que dejaba el umbral visible desde abajo, pero era no obstante la única esperanza de salvación: «*Fue entonces cuando Don Elia, precisamente él, tuvo la idea de esconder a los hombres al lado de la sacristía, poniendo luego un armario frente a la puerta (lo ayudaron una o dos personas que estaban en casa de Monsignore). La idea fue de Don Elia; pero todos estaban en contra de que fuera Don Elia quien hiciera ese trabajo... Él lo quiso. Los demás decían: "¿Y si luego nos descubren?"*». Otra reconstrucción: «*Don Elia logró esconder en un local contiguo a la sacristía a una sesentena de hombres y contra la puerta empujó un viejo armario. Mientras tanto, el crepitar de las ametralladoras y los gritos desesperados de la gente llegaban desde las casas cercanas. Don Elia tuvo la fuerza de comenzar el S. Sacrificio de la Misa, la última de su vida. No había terminado aún, cuando llegó aterrado y agitado un joven de la localidad "Creda" a pedir socorro porque las SS habían rodeado una casa y arrestado a sesenta y nueve personas, hombres, mujeres, niños*».

«*Aún en vestiduras sagradas, **postrado en el altar, inmerso en oración**, invoca por todos la ayuda del Sagrado Corazón, la intercesión de María Auxiliadora, de san Juan Bosco y de san Miguel Arcángel. Luego, con un breve examen de conciencia, recitando tres veces el acto de dolor, les hace una preparación a la muerte. Recomienda a la asistencia de las hermanas a todas esas personas y a la Superiora que guíe fuertemente la oración para que los fieles puedan encontrar en ella el consuelo del cual tienen necesidad*».

A propósito de don Elia y del padre Martino, que regresó poco después, «*se constatan algunas dimensiones de una vida sacerdotal gastada conscientemente por los demás hasta el*

último instante: su muerte fue un prolongar en el don de la vida la Misa celebrada hasta el último día». Su elección tenía «raíces lejanas, en la decisión de hacer el bien incluso si se estaba en la última hora, dispuestos incluso al martirio»: «muchas personas vinieron a buscar ayuda en la parroquia y, a espaldas del párroco, Don Elia y el Padre Martino trataron de esconder a cuantas más personas posible; luego, asegurándose de que estuvieran de alguna manera asistidas, corrieron al lugar de las masacres para poder llevar ayuda también a los más desafortunados; el mismo Mons. Mellini no se dio cuenta de esto y continuaba buscando a los dos sacerdotes para que le ayudaran a recibir a toda esa gente» («Tenemos la certeza de que ninguno de ellos era partisano o había estado con los partisanos»).

En esos momentos, don Elia demuestra una gran lucidez que se traduce tanto en un espíritu organizativo como en la conciencia de poner en riesgo su propia vida: «A la luz de todo esto, y Don Elia lo sabía bien, no podemos, por lo tanto, buscar esa caridad que induce al intento de ayudar a los demás, sino más bien ese tipo de caridad (que luego fue la misma de Cristo) que induce a **participar hasta el fondo en el sufrimiento ajeno**, sin temer siquiera la muerte como su última manifestación. El hecho de que su elección haya sido clara y bien razonada también se demuestra por el espíritu organizativo que manifestó hasta unos minutos antes de su muerte, al intentar con prontitud e inteligencia esconder a tantas personas como fuera posible en los locales ocultos de la canonjía; luego la noticia de la Creda y, después de la caridad fraterna, la caridad heroica».

Una cosa es cierta: si don Elia se hubiera escondido con todos los demás hombres o incluso solo se hubiera quedado al lado de Mons. Mellini, no habría tenido nada que temer. En cambio, don Elia y padre Martino toman la estola, los óleos santos y una caja con algunas Partículas consagradas «partieron, por lo tanto, hacia la montaña, armados con la estola y el aceite de los enfermos»: «Cuando

Don Elia regresó de haber ido con Monseñor, tomó la Píxide con las Hostias y el Aceite Santo y se volvió hacia nosotros: ¡aún ese rostro! estaba tan pálido que parecía uno ya muerto. Y dijo: “¡Recen, recen por mí, porque tengo una misión que cumplir!”». «¡Recen por mí, no me dejen solo!». «Nosotros somos sacerdotes y debemos ir y debemos hacer nuestro deber». «Vamos a llevar al Señor a nuestros hermanos».

Arriba en la Creda hay mucha gente que está muriendo entre suplicios: deben acudir, bendecir y – si es posible – intentar interponerse respecto a las SS.

La señora Massimina [Zappoli], luego testigo también en la investigación militar de Bolonia, recuerda: «A pesar de las oraciones de todos nosotros, ellos celebraron rápidamente la Eucaristía y, impulsados solo por la esperanza de poder hacer algo por las víctimas de tanta ferocidad al menos con un consuelo espiritual, tomaron el SS. Sacramento y corrieron hacia la Creda. Recuerdo que mientras Don Elia, ya lanzado en su carrera, pasó junto a mí en la cocina, me aferré a él en un último intento de disuadirlo, diciendo que nosotros quedaríamos a merced de nosotros mismos; él hizo entender que, por grave que fuera nuestra situación, había quienes estaban peor que nosotros y era a esos a quienes debían ir».

Él está inamovible y se niega, como luego sugirió Mons. Mellini, a retrasar la subida a la Creda cuando los alemanes se hubieran ido: «Ha sido [por lo tanto] una pasión, antes que cruento, [...] del corazón, la pasión del espíritu. En esos tiempos se estaba aterrizado por todo y por todos: no se tenía más confianza en nadie: cualquiera podía ser un enemigo determinante para la propia vida. Cuando los dos Sacerdotes se dieron cuenta de que alguien realmente necesitaba de ellos no dudaron tanto en decidir qué hacer [...] y sobre todo **no recurrieron a lo que era la decisión inmediata para todos, es decir, encontrar un escondite, intentar cubrirse y estar fuera de la contienda. Los dos Sacerdotes, en cambio, se adentraron, conscientemente, sabiendo que su vida estaba al 99% en riesgo; y lo hicieron para ser verdaderamente**

sacerdotes: es decir, para asistir y consolar; para dar también el servicio de los Sacramentos, por lo tanto, de la oración, del consuelo que la fe y la religión ofrecen».

Una persona dijo: «Don Elia, para nosotros, ya era santo. **Si hubiera sido una persona normal** [...] no se habría puesto; también **se habría escondido, detrás del armario, como todos los demás**».

Con los hombres escondidos, son las mujeres las que intentan retener a los sacerdotes, en un intento extremo de salvarles la vida. La escena es al mismo tiempo agitada y muy elocuente: «Lidia Macchi [...] y otras mujeres intentaron impedirles partir, trataron de retenerlos por la sotana, los persiguieron, los llamaron a gritos para que regresaran: impulsados por una fuerza interior que es ardor de caridad y solicitud misionera, ellos estaban ya decididamente caminando hacia la Creda llevando los consuelos religiosos».

Una de ellas recuerda: «Los abracé, los sostenía firmes por los brazos, diciendo y suplicando: – ¡No vayan! – ¡No vayan!».

Y Lidia Marchi añade: «Yo tiraba de Padre Martino por la vestimenta y lo retenía [...] pero ambos sacerdotes repetían: – Debemos ir; el Señor nos llama».

«Debemos cumplir con nuestro deber. Y [don Elia y padre Martino,] como Jesús, se dirigieron hacia un destino marcado».

«La decisión de ir a la Creda fue elegida por los dos sacerdotes por **puro espíritu pastoral; a pesar de que todos intentaban disuadirlos**, ellos quisieron ir impulsados por la esperanza de poder salvar a alguien de aquellos que estaban a merced de la rabia de los soldados».

A la Creda, casi con seguridad, nunca llegaron. Capturados, según un testigo, cerca de un “pilar”, apenas fuera del campo visual de la parroquia, don Elia y padre Martino fueron vistos más tarde cargados de municiones, a la cabeza de los rastreados, o aún solos, atados, con cadenas, cerca de un árbol mientras no había ninguna batalla en curso y

las SS comían. Don Elia intimó a una mujer que escapara, que no se detuviera para evitar ser asesinada: «Anna, por caridad, escapa, escapa».

«Estaban cargados y encorvados bajo el peso de tantas cajas pesadas que de las espaldas envolvían el cuerpo por delante y por detrás. Con la espalda hacían una curva que los llevaba casi con la nariz en el suelo».

«Sentados en el suelo [...] muy sudados y cansados, con las municiones en la espalda».

«Arrestados son obligados a llevar municiones arriba y abajo por la montaña, testigos de inauditas violencias».

«[Las SS los hacen] bajar y subir más veces por la montaña, bajo su custodia, y además, realizando, ante los ojos de las dos víctimas, las más espeluznantes violencias».

¿Dónde están, ahora, la estola, los óleos santos y sobre todo el Santísimo Sacramento? No queda ninguna traza. Lejos de ojos indiscretos, las SS despojaron a la fuerza a los sacerdotes, deshaciéndose de ese Tesoro del que nada más se encontraría.

Hacia la tarde del 29 de septiembre de 1944, fueron trasladados con muchos otros hombres (rastreados y no por represalia o no porque fueran filo-partisanos, como demuestran las fuentes), a la casa “de los Birocciai” en Pioppe di Salvaro. Más tarde ellos, divididos, tendrán destinos muy diferentes: pocos serán liberados, tras una serie de interrogatorios. La mayoría, evaluados como aptos para el trabajo, serán enviados a campos de trabajo forzado y podrán – posteriormente – regresar a sus familias. Los evaluados como no aptos, por mero criterio de estado civil (cf. campos de concentración) o de salud (joven, pero herido o que simula estar enfermo con la esperanza de salvarse) serán asesinados la noche del 1 de octubre en la “Botte” de la Canapiera de Pioppe di Salvaro, ya una ruina porque bombardeada por los Aliados días antes.

Don Elia y padre Martino – que fueron interrogados – pudieron moverse hasta el último en la casa y recibir

visitas. Don Elia intercedió por todos y un joven, muy afectado, se durmió sobre sus rodillas: en una de ellas, don Elia recibió el Breviario, tan querido para él y que quiso mantener consigo hasta los últimos instantes. Hoy, la atenta investigación histórica a través de las fuentes documentales, apoyada por la más reciente historiografía de parte laica, ha demostrado cómo nunca había tenido éxito un intento de liberar a don Elia, llevado a cabo por el Caballero Emilio Veggetti, y cómo don Elia y padre Martino nunca fueron realmente considerados o al menos tratados como “espías”.

El holocausto

Finalmente, fueron incluidos, aunque jóvenes (34 y 32 años), en el grupo de los no aptos y con ellos ejecutados. Vivieron esos últimos instantes orando, haciendo orar, absolviéndose mutuamente y brindando cada posible consuelo de fe. Don Elia logró transformar la macabra procesión de los condenados hasta una pasarela frente a la laguna de cañamos, donde serán asesinados, en un acto coral de entrega, sosteniendo hasta donde pudo el Breviario abierto en la mano (luego, se lee, un alemán golpeó con violencia sus manos y el Breviario cayó en el embalse) y sobre todo entonando las Letanías. Cuando se abrió el fuego, don Elia Comini salvó a un hombre porque le hacía escudo con su propio cuerpo y gritó «Piedad». Padre Martino invocó en cambio “Perdón”, levantándose con dificultad en la laguna, entre los compañeros muertos o moribundos, y trazando la señal de la Cruz pocos instantes antes de morir él mismo, a causa de una enorme herida. Las SS quisieron asegurarse de que nadie sobreviviera lanzando algunas granadas. En los días siguientes, dada la imposibilidad de recuperar los cadáveres sumergidos en agua y barro a causa de abundantes lluvias (lo intentaron las mujeres, pero ni siquiera don Fornasini pudo lograrlo), un hombre abrió las rejas y la impetuosa corriente del río Reno se llevó todo. Nunca se volvió a encontrar nada de ellos: *consummatum est!*

Se había delineado su disposición «*incluso al*

*martirio, aunque a los ojos de los hombres parece **necio rechazar la propia salvación para dar un mísero alivio a quien ya estaba destinado a la muerte**». Mons. Benito Cocchi en septiembre de 1977 en Salvaro dijo: «Bien, aquí delante del Señor digamos que nuestra preferencia va a estos gestos, a estas personas, a aquellos que **pagan de su persona**: a quienes en un momento en que solo valían las armas, la fuerza y la violencia, cuando una casa, la vida de un niño, una familia entera eran valoradas en nada, supieron realizar gestos que no tienen voz en los balances de guerra, pero que son verdaderos tesoros de humanidad, resistencia y alternativa a la violencia; a quienes de este modo sembraban **raíces para una sociedad y una convivencia más humana**».*

En este sentido, «El martirio de los sacerdotes constituye el fruto de su elección consciente de compartir la suerte del rebaño hasta el sacrificio extremo, cuando los esfuerzos de mediación entre la población y los ocupantes, largamente perseguidos, pierden toda posibilidad de éxito».

Don Elia Comini había sido lúcido sobre su propia suerte, diciendo – ya en las primeras fases de detención –: «Para hacer el bien nos encontramos en tantas penas»; «Era Don Elia quien señalando al cielo saludaba con los ojos perlados». «Elia se asomó y me dijo: “Vaya a Bolonia, al Cardenal, y dígame dónde nos encontramos”. Le respondí: “¿Cómo hago para ir a Bolonia?”. [...] Mientras tanto los soldados me empujaban con la culata del rifle. D. Elia me saludó diciendo: “¡Nos veremos en el paraíso!”. Grité: “No, no, no diga eso”. Él respondió, triste y resignado: “Nos veremos en el Paraíso”».

Con don Bosco...: «[Les] espero a todos en el Paraíso»!

*Era la tarde del 1º de octubre, inicio del mes dedicado al Rosario y a las Misiones. En los años de su primera juventud, Elia Comini había dicho a Dios: «Señor, **prepárame para ser el menos indigno de ser víctima aceptable**» (“Diario” 1929); «Señor, [...] **recíbeme también como víctima expiatoria**» (1929); « **me gustaría ser una víctima de holocausto**» (1931). «[A Jesús] le he pedido la muerte en lugar de faltar a la vocación*

sacerdotal y al amor heroico por las almas» (1935).